A mi distinguido Profesor
don Roberto Brenes Mesén
con el cariño de
José Fabio Garnier.
Setiembre del 915.

LA VIDA INÚTIL

JOSÉ FABIO GARNIER

1884–1956

LA VIDA INÚTIL

Librería Española
de
MARÍA V. DE LINES
San José
COSTA RICA

PARÍS
CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

Q. R.
863.6
E
EE.

1310

LA VIDA INÚTIL

La vida inútil — según los hombres del tanto por ciento — está formada de un infinito número de momentos en los cuales nuestras energías no se ejercen, directamente, en sentido favorable para la consecución de medios que nos aseguren la victoria en las batallas de la existencia.

Todo lo que no sea estudio, todo lo que no se relacione con las fatigas del profesionista, eso es la vida inútil, la vida que se nos echa en cara a quienes, para vivir, debemos diariamente agotar nuestras fuerzas sobre los libros reveladores o sobre los casos difíciles de diversa natura cuya solución se encuentra sólo en los secretos que la ciencia nos enseña en las Universidades o en las Escuelas de Artes y Oficios.

Este libro es el fruto de la vida inútil de un

1

estudiante de matemáticas aplicadas, vida inútil que, como se verá, no tiene ninguna relación con los axiomas y con los teoremas que agotan la paciencia de quienes a diario deben hacer uso de ellos.

Desde los diez y ocho hasta los veinticuatro años, lo confieso, mis energías se dividieron entre la matemática y la literatura : ambas me atrajeron con igual seducción; a la una dediqué mi vida útil, a la otra consagré los momentos de esa existencia inútil que tanto nos critican los que, olvidándose de su lejana juventud, no reconocen, a los adolescentes, el derecho de reposarse un poco, aun cuando ese reposo constituya una especie de trabajo de diversa índole del habitual.

A los veinticuatro años no se tiene pasado, no se tiene presente : se tiene solamente porvenir. Volviendo la vista a los años que se fueron para no volver no contemplamos en ellos sino escenas de colegio, sucesos de la vida estudiantil que, si poseen el encanto de lo eternamente joven, no logran llenarnos de satisfacción, de esa satisfacción que ansiamos en el presente y que, sin duda alguna, nos hará felices en lo venidero.

La Vida inútil marca únicamente una época de

una juventud; no hay que buscar en ella promesas : no sabría hacerlas concebir. Si es cierto que las obras de la juventud están en el porvenir, hay que esperar que llegue ese porvenir o, mejor aún, hay que dirigirse hacia él con fe en los ideales quijotistas que son nuestro orgullo : por encima de los abismos, hacia las alturas.

UNA VISIÓN DEL DANTE

¡Mil novecientos veintiuno!

Hace seiscientos años que el genio florentino murió. Seiscientos años, y las campanas de Rávena y las campanas de Florencia doblan con tristeza.

El Dante, en el paraíso, mirándose en los ojos negros de Beatriz se pasea por la hermosa región de luz.

Virgilio lo llama. El Cisne de Mantua quiere acompañarse del divino Poeta y de Beatriz para hacer una visita al infierno.

Y los tres, del brazo, abandonan los anchos valles del cielo y bajando la cumbre llegan al infierno. Y entran en aquel recinto de lágrimas origen de gritos desgarradores.

Todo está lo mismo que en la primera visita. Los mismos círculos, las mismas fosas, los

mismos condenados retorciéndose entre llamas y los mismos gemidos hendiendo el espacio.

Por todos lados hombres cuya carne cae a pedazos. Por todas partes cráneos descarnados de los cuales penden aun las cabelleras. Por todas partes osamentas blanqueadas por la humedad de la noche eterna que crujen y que lloran.

Pero allá, hacia el fondo, han abierto una nueva fosa en cuya entrada se ve la insignia : Nihil! Nada! En ella, al lado de Herzen y Prudhon, se ve el semblante adusto de Tchedrine, la mirada torva de Nekrassoff, el rostro pálido de Atssakoff, los ojos salidos de Bakunine y la figura arrogante de Kropotkine. Y enmedio de todos aparece el anciano imponente : Tolstoi.

Los nihilistas, condenados a adjurar continuamente de sus ideales, allí se mantienen firmes. Ninguno reniega de sus creencias. Todos se ven obligados a adorar la imagen de Nicolás I.

Kropotkine, con su larga barba negra, envuelto en un caftán de hierro incandescente, está rodeado de llamas cuyas lengüetas aparecen por instantes acariciando la blanca calva y lamiendo los labios apagados del gran anarquista.

Tolstoi está tranquilo; a cada momento, cerca de sus oídos, revientan bombas que gritan : « ¡Mira a tus nihilistas ! Están volando tu Fasnaia Poliana! »

Llegados allí, los tres visitantes se quedan sorprendidos. Beatriz llora al ver aquellos suplicios.

Su alma de torcaz se siente herida por tan terribles sufrimientos. Y acercándose a su amado le pregunta con timidez :

— Dante, ¿quiénes son esos desgraciados?

Kropotkine, que oye la pregunta, encara su severo rostro al del Dante y le dice :

— ¡Oh, Dante! Hermosa alma florentina cuyo nombre recorre todavía el mundo. Escúchame : ¿sabes quienes somos? Somos de los que proclamaron la libertad del campesino. Debes conocernos. El zar nos maldice. El papa nos maldice. Dios nos maldice. Nosotros gritamos allá en la tierra : ¡Todo es de todos! ¡El bienestar para todos! Y en pago de eso nos dieron el destierro, el anatema y el infierno. Las frías estepas siberianas, en vez de entumecernos, nos han dado vigor, han calentado nuestro cerebro y nuestras ideas han nacido más pujantes. Los idiotas coronados, ya se llamen zares, papas, reyes o dioses, tienen por ley castigar, desterrar, maldecir. Y a esos personajes de estorbo se les glorifica hasta el punto de que sus sombras, agigantadas por nuestra ignorancia, cubren y ocultan la humanidad. Dijimos que la corona es un crimen y no se nos creyó.....

— Te compadezco, Kropotkine, porque puedes ser bueno — le responde cariñosamente Dante.

— Sí, soy bueno — replica el ruso — soy bueno; busqué el bien de mi pueblo. ¿Ves que lloro? Lloro por el desgraciado pueblo ruso.

— Sí, lloramos — añade Dostoiewski — porque

no hay un pueblo histórico grande sin un dios nacional. Y nuestra Rusia perdió su dios : la Libertad.

— ¿Y no creéis en el Dios eterno, aquél que gobierna cielos y tierras?

— No — contesta Prudhon. — ¡Dios no es más que el espanto de mi conciencia y el verdugo de mi razón!

— ¿Que creamos en Dios? — pregunta Tchedrine. — ¿Con qué derecho se nos exige una conviccion? ¿Quien tiene necesidad de que nosotros creamos en algo? Perdimos la fe. No creemos en nada, no seguimos a nadie.

— Como, ¿no sientes ese Dios, no ves su inmenso amor a la humanidad? — pregunta Dante con ingenuidad.

— ¡Nada! — exclama Tolstoi; — el amor es la forma suprema del egoismo.

— ¿No crees en el amor, Tolstoï? ¿No ves el amor que todos los hombres sienten por su patria?

— Ja... ja... el sentimiento patriótico del cual se dice que es sublime, es simplemente estúpido e inmoral.

— ¡Dios santo! — murmura Beatriz juntando sus manos alabastrinas.

— ¡Maldita sea! — dice Herzen con una voz que parece estar haciendo gárgaras. — ¿Quien tiene la culpa de nuestros males? Oye, Dante, tiene la culpa la sociedad que esta mal organizada. Mira a mis pies. ¿Ves a Limba, mi hija? Mírala. Con

todos los volúmenes de mis obras alimenta la hoguera que me abrasa. Y es la sociedad quien la obliga a eso. ¡Maldita sea la sociedad!

— ¡Abajo el mundo! Quiero una sociedad nueva — canta Bakunine. — La pasión de la destrucción es una pasión creadora.

— No digas eso, Bakunine, cree y el ángel de la bondad te guiará — dice Dante suplicando.

— No — interrumpe Nekrassoff — no recuerdo que haya entonado a mi cabecera dulces canciones ninguna hada amable y acariciadora... La que me inspiró desde la niñez fué la musa del llanto, la musa del duelo, la musa de los hambrientos. Y su viejo corazón, harto de odio, lanza una maldición terrible, su lengua se desata en torrente de sarcasmos y anatemas contra la sociedad.

— ¿Pero creéis, Tolstoï, que se llevarán a la realidad vuestras fantasías? — pregunta con temor Virgilio.

— ¡Oh, noble alma mantuana! Nuestros hijos están en el mundo haciendo de apóstoles de estas ideas.

— ¡Pero se opone la Sociedad!...

— ¡La Sociedad es un conjunto de necios!...

— ¡Pero se opone el Gobierno!...

— ¡El Gobierno es un conjunto de vividores!...

— ¡Pero se opone Dios!...

— ¡Si se opone Dios, abajo Dios! No queremos dioses misericordiosos que sumergen a los infelices en la miseria mientras los reyes, los papas, los

sacerdotes se visten con túnicas lujosas robadas al pueblo. No queremos esos dioses. A Dios se le teme hoy en el cielo, se le compadecerá mañana aquí en el infierno!

— ¡Dios mío! — murmura Beatriz con temor.

— ¡Dios mío! — repite Dante. — Y entonces, ¿en donde está la Esperanza?

— En el infinito...

Y si no quedan ni Dios, ni Fe, ni Esperanza, ni Caridad, ¿quien queda en el mundo?

— ¡Yo! — contesta Satanás apareciendo de improviso. — Yo, que tengo encerrados en las oscuras fosas del infierno a esos que llaman nihilistas.

— ¿Y Dios?

— Ja... ja... ¡es un sol frío y opaco!

— ¿Y su reino?

— ¡La Nada! Yo mando — continua Luzbel tendiendo sus puños hacia la sombra. — Mientras el pueblo consienta al tirano, yo domino la tierra. Mientras no se levante el grito del nihilismo triunfante, Luzbel es el rey. Mientras se oigan continuamente los lamentos de los huérfanos, de las viudas, de los ancianos, el reino del mundo sera mío.

— ¡Por ahora, el universo soy yo! — dice y desaparece entre las nieblas eternas...

LA LLORONA

(Leyenda costarricense)

En las altas horas de la noche, cuando todo parece dormido y sólo se escuchan los gritos rudos con que los boyeros avivan la marcha lenta de sus animales, dicen los campesinos que allá por el río, alejándose y acercándose con intervalos, deteniéndose en los frescos remansos que sirven de aguada a los bueyes y caballos de las cercanías, una voz lastimera llama la atención de los viajeros.

Es una voz de mujer que solloza, que vaga por las márgenes del riachuelo buscando algo, algo que ha perdido y que no hallará jamás.

Atemoriza a los chicuelos que han oído, contada por los labios marchitos de la abuela, la historia enternecedora de aquella mujer que vive en los potreros, interrumpiendo el silencio de la noche con su gemido eterno.

La Llorona.

Era una pobre campesina cuya adolescencia se había deslizado enmedio de la tranquilidad de la campiña, escuchando con agrado los pajarillos que se columpiaban alegres en las ramas de los higuerones vecinos. Abandonaba su lecho cuando el canto del gallo anunciaba la aurora, y se dirigía hacia el río a traer agua en sus tinajas de barro, despertando, al pasar, a las vacas que descansaban en las cunetas de desagüe del camino.

Era feliz amando la naturaleza; pero una vez que llegó a la hacienda la familia del patrón, en la época del veraneo, la hermosa campesina pudo observar el lujo y la coquetería de las señoritas que venían de San José. Hizo la comparación entre los encantos de aquellas mujeres y los suyos, vió que su cuerpo era tan cimbreante como el de ellas, que poseía una bonita cara, una sonrisa trastornadora, y se dedicó a imitarlas.

Como era hacendosa, la patrona la tomó a su servicio y la trajo a la capital en donde, al poco tiempo, fué corrompida por sus compañeras y seducida por un jovencito de esos que, en los salones, se dan tono con su cultura y que, con frecuencia, amanecen completamente ebrios en las casas de tolerancia. Cuando sintió que iba a ser madre, se retiró de la capital y volvió a la casa materna. A escondidas de su familia dió a luz una preciosa niñita que arrojó en seguida al sitio en donde el río era más profundo.

Después se volvió loca y, según los campesinos,

el arrepentimiento la hace vagar ahora por las orillas de los riachuelos buscando siempre el cadáver de su hija que no volverá a encontrar.

Esta encantadora leyenda costarricense es la representación más ingenua de esas jóvenes que caen y que se niegan a cumplir el más elemental de los deberes animales, cual es el de criar a los propios hijos; los abandonan y los hacen morir por miedo a la opinión pública, caya justicia las arroja de la comunidad para evitar el mal ejemplo: se ha dado en creer, por algunos, que se evita el mal ejemplo impulsando hacia el vicio a esas mujeres sin ilustración.

— Es cierto — contestaba el anciano padre a su hija, — Alfredo es un joven muy bueno, muy trabajador; pero... — añadió bajando la voz — su madre, ya sabes lo que fué su madre... una mujer que arrastró el honor de su marido por el fango... acuérdate, su nombre figuró muchas veces en las crónicas escandalosas de la capital; — después de mirar con atención a su hija agregó : — ¿Y su padre? ¿No conoces, tal vez, aquella historia de una célebre falsificación de firmas que hizo tu futuro padre político? Me parece, Berta, que no te sería muy agradable unir tu apellido que se ha conservado siempre limpio a ese otro que suena a estafas y a adulterios...

Berta enrojeció al escuchar aquellas frases que había pronunciado su padre; luego levantando

con timidez sus ojos azules que denunciaban la firmeza de voluntad de la señorita, contestó : — Padre mío, ¿porqué cada uno debe llevar el peso de los viejos errores que cometieron sus padres? ...Conoces a mi pretendiente; sabes cómo trabaja, que es respetado por sus ideas de justicia y de independencia; luego, ¿para qué hablar de las faltas de los que le dieron el ser?

El anciano, que era uno de esos espíritus atrasados que ejercen una obediencia pasiva a las tradiciones, replicó enojado : — Berta, lo que dices está fuera de razón : ya verás muy pronto que tanto él como tú tendréis que avergonzaros de ese pasado de delitos y de maldades.

— Él no tiene que avergonzarse por una culpa que no es suya : ha sido despreciado cuando muchos otros que tienen su hoja de servicios más manchada son apreciados y atendidos por esa mayoría que se deslumbra con el oro y que olvida las faltas de los que pueden protegerlos... mira, el pasado a que haces alusión ha sido un pasado de penas y de sufrimientos. Desde pequeño se señala a Alfredo con el dedo y se le grita : « ¡Está manchado! » y nunca se ha pensado que es injusta la pena que imponen al hijo por los pecados que sus padres cometieron.

— Ya lo has visto, hija mía, — contestó el padre — a pesar de las defensas que haces de tu novio, todos nuestros relacionados murmuran de ti porque te has dejado cortejar por Alfredo. Dime,

por defender su nombre manchado, ¿dejarías que la maledicencia manchara el que llevas?

— Ya sabía que en torno mío surgirían toda clase de sospechas, toda clase de odios y de calumnias; que me aborrecerían porque me dejaba cortejar por un hijo de criminales, como lo llamáis, y sin embargo, no me importa nada el grito de la multitud, considero el pasado como el pasado y, si en mi mano está el labrar la felicidad de ese joven, ¿porqué no he de hacerlo ya que vosotros os negáis a ello? En nuestra sociedad se consideran casi siempre las faltas que cometieron nuestros padres y muy pocas veces las que cometemos nosotros mismos. ¿Porqué es que a un hombre, cuando conoce el crimen de su padre o la caída de su madre, se le considera como el esclavo de todas, como un ser sin valor alguno? Y, por el contrario, aquellos que abandonan la compañía de las señoritas cultas para entregarse a diversiones corruptoras junto con mujeres indignas, esos sí pueden tener relaciones amorosas con las señoritas sin que los padres hagan observación alguna al respecto. Y los que saben trabajar, que son inteligentes y que sufren un castigo por los errores de sus padres, son alejados, no se les permite amar a una señorita, debido a que tenemos tan poco discernimiento que hacemos responsables de la falta de un hombre a todos sus descendientes.

Deben dejarse esas preocupaciones : aceptemos las personas de verdadero talento sean quienes

sean, vengan de donde vinieren y apartemos de nuestro lado a esos hijos que deshonran a sus familias y que desdicen de su cultura con acciones que hieren la dignidad de las sociedades que frecuentan... ¿No es verdad, papá? — terminó diciendo con un acento cariñoso Berta al mismo tiempo que se arrojaba en brazos de su anciano padre; quien contestó :

— Tienes razón, hija mía. Desde hoy bendigo el hogar que formaréis vosotros dos. Seréis muy felices, sí, muy felices...

Aquellas palabras fueron ahogadas por los besos repetidos que la hija despositaba agradecida en los labios del anciano.

DEL QUIJOTISMO RELIGIOSO

A Miguel de Unamuno.

1. — Lo que los italianos y los portugueses llaman *españoladas* es lo que la gran mayoría de los latinoamericanos entiende con la palabra *quijotismo*. No hay mejor prueba para la aserción de que en Hispano América muy pocos conocen el Quijote por haberlo leído en el Quijote. Los más lo conocen por los trozos publicados, de cuando en cuando, en una que otra revista literaria de las tantas que apestan el ambiente intelectual de la América española. Otros lo conocen por los artículos críticos en los cuales las publicaciones francesas se ocupan de la obra de Cervantes, y otros, los menos, saben que existe el Quijote porque lo poseen en su biblioteca en una edición de lujo y porque, en ratos perdidos, abren aquel volumen y leen, aquí y allí, precisamente los párrafos a los

cuales el genio de Doré ha dedicado sus ilustraciones.

Si existiera en nuestra América un centro de cultura que se interesara por las cosas verdaderamente interesantes e hiciera una investigación sobre lo que lee el hispanoamericano, podría asegurar que el Quijote, en la lista de las obras leídas en el Nuevo Continente, ocuparía uno de los puestos secundarios. Primero lo francés, después lo francés y luego lo clásico, allá en último término, después de la enfermiza literatura que, teniendo pretensiones de criolla, no es más que la copia servil de los procedimientos artísticos y estilísticos de los escritores franceses modernísimos.

La rutina nos hace volver los ojos solamente hacia lo nuevo. No es una paradoja. En su temor a lo verdaderamente bello nos impide leer lo clásico, lo eterno : Homero, Dante, Shakespeare, Cervantes, Gœthe, Platón, Espinosa, San Agustín, Descartes, Kant, Newton...

2. — Para definir lo que, los quijotistas, entendemos por quijotismo, me valgo del hermoso párrafo que Josué Carducci escribió, a manera de programa, en la primera página de un periódico bolonés :

« Ensanchar y facilitar la vía a la energía de la vida nacional; reforzar los músculos, multiplicar los instrumentos llevando a cabo las reformas económicas, administrativas y sociales que nece-

sitan la equidad humana y los intereses civiles : intérprete de esas necesidades, emanación de esos sentimientos, luz de esas ideas, un arte libre y franco que de la Verdad obtenga la fuerza y que del Pensamiento refleje el esplendor. »

3. — A lo cual se pueden añadir las siguientes frases que Miguel de Unamuno — un grande amigo de las cosas latinoamericanas, cuando estas son buenas — escribió en el más bello de sus libros :

« el ansia de gloria y de renombre es el espíritu íntimo del quijotismo, su esencia y su razón de ser. El toque está en dejar nombre por los siglos, en vivir en la memoria de las gentes, el toque está en no morir. ¡En no morir! ¡No morir! Esta es la raíz última, la raíz de las raíces de la locura quijotesca. ¡No morir! ¡No morir! Ansia de vida; ansia de vida eterna es lo que te dió vida inmortal, mi señor Don Quijote; el sueño de tu vida fué y es sueño de no morir! »

4. — En las cuestiones religiosas que hoy tanto interesan a la intelectualidad humana el tipo genuino del quijotista es, sin duda, Giovanni Selva, uno de los personajes más simpáticos de la novela « *Il Santo* » de Antonio Fogazzaro. De las ideas de Giovanni Selva habló el ilustre escritor italiano en una conferencia pronunciada en la Escuela de Estudios Superiores de París. No puedo menos que inspirarme en dicha conferencia ya que debo hablar del espíritu religioso en Amé-

rica. Las ideas de Giovanni Selva son las ideas de nosotros los jóvenes quijotistas, de nosotros los que deseamos una vida intelectual que concuerde mejor con las aspiraciones de nuestra juventud.

5. — Quienes no conocen la novela « *Il Santo* » podrían preguntarme :

— ¿Quien es Giovanni Selva?

Y obedeciendo a una vieja costumbre decirme :

— Antes de conocer las ideas queremos saber quien es el hombre.

Como si el hombre fuese para ellos indispensable, como si en su pequeñez espiritual no fuesen capaces de considerar una idea sin personificarla en *alguien*, en un cualquiera que, con su manera de ganarse la simpatía o la antipatía de quienes lo conocen, debe determinar el éxito o el fracaso de un principio.

Para satisfacer ese deseo mezquino, hijo de la rutina, copio las siguientes frases con las cuales el elegante novelista de Vicenza presenta su personaje :

— « Su nombre es *Legión*. Vive, piensa y obra tanto en Francia, como en Inglaterra, tanto en Alemania y en América como en Italia y en España. Se le encuentra vestido de sacerdote y de militar y no es difícil verlo con el traje de sociedad. Se hace ver en las Universidades, se oculta en los Seminarios, lucha en la prensa, ruega en la sombra de los monasterios. No sería capaz de pronunciar sermones pero, de cuando en cuando,

hace conferencias. Es, contemporáneamente, exégeta e histórico, teólogo y docto, periodista y poeta. No escribe siempre, a veces es solo un lector apasionado : es un creyente y un pensador. Es republicano, es monárquico, es democrático cristiano, es simplemente liberal. Es, en fin, todo lo que un católico honrado puede ser, con una única excepción : no es modernista. Odia la palabra y la idea. Le basta ser moderno. Moderno, lo es más que otro cualquiera porque envejece poco y porque — por desgracia para sus adversarios — no morirá jamás; esto le permite ser el católico de hoy y el de mañana, aun cuando las raíces de sus principios se hundan en el pasado. Se cree una fuerza lo cual equivale a serlo. Se cree una energía vital en el seno de la iglesia romana, ese organismo colosal del cual algunos dicen que tiene las arterias osificadas por la vejez, que ha perdido la facultad de adaptarse al medio ambiente y que sufre de ataxia. »

¿Se comprende ahora quien es Giovanni Selva? ¿O es necesario reducirlo aun más, no hacerlo llamarse *Legión* sino darle otro nombre, ojalá *Individuo?*

Pues bien, figuraos Fogazzaro, el mismo Fogazzaro, contemplad su serena fisonomía y habréis conocido a Giovanni Selva. Figuraos uno cualquiera de los colaboradores infatigables de la interesante revista italiana « *Il Rinnovamento.* » Tomadlos todos y, despojándoles de lo que en

cada uno de ellos pueda ser motivo de odio, olvidad lo que son personalmente, recoged en un manojo las ideas de todos y de cada uno, buscad otros : ¡hallaréis tantos esparcidos por el mundo! y así, poco a poco, queriendo individualizar demasiado os volveréis a encontrar de frente al nombre *Legión* que Fogazzaro ha dado a quienes tienen sus mismos ideales y que no os gusta, tal vez porque no satisface nuestra costumbre de personificar lo que no sabéis juzgar como idea animadora de un movimiento universal.

6. — ¿Cuál debe ser el espíritu moderno de la Iglesia? Para no repetir cosas demasiado sabidas no hago otra cosa que recurrir a las palabras de un discípulo predilecto de Giovanni Selva. Me refiero a Piero Maironi, el Santo de Jenne, el cual decía dirigiéndose a un sacerdote que le pedía consejos :

« sed pobres, vivid como pobres; sed perfectos, no aceptéis con placer títulos y trajes honoríficos, no os vanagloriéis de la autoridad personal ni de la autoridad colectiva; amad a los que sabéis que os odian, absteneos de formar parte de una u otra de las facciones que hoy dividen la humanidad; pacificad en nombre del Señor, no seáis los tiranos de las almas queriendo gobernarlas demasiado, no hagáis culturas artificiales de sacerdotes; suplicad a Dios que os dé compañeros, pero no temáis ser pocos : lo único que debéis tener es mucho respeto por la razón y mucha fe en la Verdad universal e indivisible. »

Hay en la misma Iglesia algo que se opone a la realización de los preceptos verdaderamente evangélicos que he trascrito. Y no solo en la Iglesia sino también en las atmósferas en donde el clero ejerce influencias directas, hay algo que empequeñece la religión, algo que aleja a los hombres del catolicismo. Ese algo — que en América se ha convertido en una cosa gigantesca — es lo que actualmente motiva una de las salidas del quijotista moderno.

7. — Lo malo del caso es que en el continente americano los Quijotes no pueden aventurarse por esos caminos arremetiendo molinos, ensartando carneros o acuchillando pellejos de vino; en la puerta de sus casas, en las calles, a la salida del pueblo, allá, en medio de la montaña, en todas partes, encuentran hombres discretos, hombres corteses, hombres respetuosos que les recuerdan que se debe ser gentil con los unos y con los otros, que las costumbres establecidas — grandes damas a las cuales ellos rinden servilmente sus homenajes — son dignas de todo aprecio y les gritan que lo que hoy pretenden criticar ha estado siempre así, ha sido siempre así.

Nosotros los americanos hemos sido siempre así; eran así los españoles, nuestros padres, aquellos que conquistaron y poblaron las hermosas regiones del Nuevo Continente; son así los españoles modernos, nuestros hermanos, los que hoy duermen soñando tal vez en las bellezas de un

pasado lejano, muy lejano y en las bellezas de un porvenir lejano, muy lejano también. Y lo gritan en todos los tonos sin recordarse que sólo porque fué así, porque siempre ha sido así, no tenemos derecho para asegurar que será siempre así.

Y en verdad, nos toca pensar — principalmente a nosotros los americanos nacidos ayer a la vida de las naciones libres — que la historia es la eterna evolución de las ideas y que a ella estamos sujetos esperando hoy y mañana y pasado mañana que esas mismas ideas se concreticen y nos hagan olvidar lo que fué y cómo fué para dedicarnos solamente a lo que es y a lo que será.

8. — Grande protector de esa estabilidad es, sin duda, el miedo sanchopancesco que tan bien caracteriza el alma latinoamericana. Pueblos jóvenes, llenos de vida y dueños de sus actos, se ven languidecer bajo el peso de viejas tradiciones que mantiene el miedo, sólo el miedo exagerado a todo lo que es nuevo, a todo lo que les parece malo porque no les es habitual. Los molinos de viento ante los cuales los modernos Sanchos retroceden espantados llevan un nombre genérico: el qué dirán. Los ojos de los demás nos parecen dos aspas grandes, inmensas, que amenazan, con su movimiento continuo, romper las lanzas de los nuevos Quijotes que se atrevan a creerlos gigantes corruptores de la vida llena de iniciativas de un pueblo adolescente.

9. — Dentro de la Iglesia, Giovanni Selva ha

podido acertarse de la existencia de cuatro espíritus malignos que minan su base y que, en tiempo tal vez no muy remoto, determinaran la bancarrota del sentimiento religioso, el cual hoy flota en un ambiente de una casi indiferencia dolorosa. Esos espíritus, los cuales el quijotista moderno debe combatir con energía son : el espíritu de la dominación del clero, el de la avaricia, el de la mentira y el de la inmovilidad. A estos cuatro el hispanoamericano puede agregar otras causas de ruina en el interior del organismo eclesiástico : la intemperancia y la ignorancia del clero; la poca concordia que entre los sacerdotes existe, y la gran separación que hay entre el pueblo y los ministros del Señor.

10. — El espíritu de mentira está demasiado arraigado en la iglesia católica de la América española. Se miente sin necesidad con todo y sobre todo. Se miente al campesino que cree en la palabra del sacerdote como en la palabra divina; se miente a la señora sin ilustración a la cual se prometen mil venturas ultraterrestres para que conquiste a su marido y a sus hijos al servicio de la religión; se miente al operario y se miente al profesional; se miente al que tiene autoridad y al que la ambiciona, al que con su dinero sostiene grandes empresas y al que, para vivir, debe soportar grandes privaciones.

¿Qué son las devociones externas, las aparatosas representaciones eclesiásticas si no un conjunto

de mentiras que tienden a engañar al verdadero devoto y a atraer al incrédulo?

¿No es la iglesia moderna en la América latina un sitio en donde el hombre aprende a inclinarse para dominar mejor, ejemplo tristísimo de una hipocresía repugnante?

La plegaria interior : esa es la verdadera forma de la devoción. El Santo de Jenne, en una entrevista nocturna que tiene mucho de fantástica, la recomienda al papa para que éste a su vez la imponga a sus sacerdotes. Nadie ruega interiormente, nadie suplica en silencio : para convencer a Dios los creyentes necesitan la grande *mise en scène* a que los ha acostumbrado la iglesia. Se opera con el Supremo Hacedor como con el público de la galería, se le fascina con el esplendor de una decoración estupenda y con una infinidad de formalidades que quitan méritos a la plegaria en vez de darle mayor realce.

A esto se deben agregar las devociones fetichistas que año tras año nos llegan de lejos, quien sabe de dónde, enviadas y recomendadas por un alguien que nadie conoce. Hoy es el niño de Atocha, mañana es San Expedito y así continuamente, sin descanso : cada vez es un santo nuevo ante el cual nuestros pueblos deben arrastrarse pidiendo mercedes. Los santos en la América Central y en la Meridional son o no son de moda, tienen sus alzas y sus bajas que determina, ¿quién? tal vez una señora piadosa que cree emplear

bien su dinero regalando al pueblo y al burgués un cuadro, una estatua, una reliquia cualquiera, algo que sea capaz de atraer la atención ávida de novedad de los seudocatólicos del Nuevo Continente.

Cuando el clero haya comprendido sus deberes se podrá decir con Houtin (en su libro *La Crise du Clergé*, últimamente condenado por la Congregación del Índice) que entonces y sólo entonces las iglesias — en donde todo es Dios menos Dios — se hallarán desembarazadas de santos apócrifos y se olvidarán en ellas las pequeñas devociones fetichistas que en la actualidad aumenta el espíritu de mercantilismo de una gran mayoría de sacerdotes.

11. — ¿El espíritu de dominación del clero? No hay más que recordar que en la América española son numerosas las culturas artificiales de sacerdotes que no tienen otro objeto que el de buscar el medio de dominar, no con la calidad sino con la cantidad. Además, son frecuentes los casos de tiranías espirituales : el sacerdote en ciertas regiones americanas gobierna, bajo cuerda naturalmente, toda una provincia; alza de cuando en cuando la voz imponiendo la concepción que de los sucesos diarios él se ha formado; quiere ser el primero en la política; no duda en hacerse propagandista más o menos velado de aquel candidato que mejor promete tutelar los intereses de la iglesia; aspira a ser el primero en la organización de la

familia en donde principia por influenciar la mente retardada de la mujer; su ansia de dominar es tan grande que a veces llega a hacerse ridícula como en el caso que ya una revista tuvo que criticar. Me refiero al despertar de malas pasiones que se notó en el clero costarricense cuando Pío X nombró para obispo de Costa Rica a un alemán. La revista quijotista *Vida y Verdad* protestó inmediatamente aun sabiendo que sus protestas no tendrían efecto alguno. En la América latina nos han acostumbrado hasta a esto : nuestras voces se pierden enmedio del ensordecedor ruido de los batanes de la imbecilidad ambiente. Una parte de dicha protesta decía así : « Cuando ya todos los hombres que no tenemos una sola creencia religiosa aceptamos la fraternidad universal sin restricciones de ningún género, los espíritus estrechos de nuestro clero levantan una protesta contra el Sumo Pontífice porque ha elegido para el obispado de Costa Rica a un alemán. Y ha tenido razón Pío X : las divisiones de nuestro clero revelan que está formado por grupillos de ambiciosos vulgares que buscan su propio provecho y no los más altos intereses de su fe. Y lo que es más importante : son frailes los que acusan al obispo electo de haber comprado la mitra, luego ellos saben que es posible comprarla y, por lo tanto, que desde el ignorante cura hasta el Pontífice de Roma no existe más que una ambición : amontonar oro. »

12. — ¡Amontonar oro! he ahí otro de los espíritus malignos de que nos habla Giovanni Selva por medio de su amado Piero Maironi. Y es imposible negar que el clero americano sufre de semejante enfermedad. Es imposible porque entre las personas que lo componen existen pocas, muy pocas que hayan comprendido el verdadero alcance de la misión que se impusieron. No hay en ellas vocación, no los ha atraído al ejercicio del sacerdocio otra cosa que el interés. ¡Es tan fácil, enmedio de tanta gente ignorante, vivir a expensas de los demás! Haced un viaje por las ciudades de provincia y por los pueblos, aldeas y caseríos de nuestra América y comprenderéis muy bien lo que es el parasitismo sacerdotal: hallaréis un número muy limitado de personas serias, honradas, que saben servir con verdadero espíritu religioso los intereses de la fe.

13. — Y paso al más peligroso de los espíritus malignos: el de la inmovilidad de la Iglesia. A pesar de opiniones contrarias, hoy el mecanismo eclesiástico gira alrededor de ese espíritu. A primera vista se diría que es él quien le impide desplomarse; pero, estudiando la cuestión más de cerca, podemos ver que el organismo que él sostiene es un organismo ficticio; la Iglesia, tal cual es hoy, no es la verdadera Iglesia, ha sufrido tantas correcciones que es imposible reconocer en ella al primitivo cenáculo que abrigó en su seno muchas hermosas virtudes y muchos bellos espíritus.

En ella no se quiere volver al pasado porque volver a él implicaría una grandísima fatiga intelectual que asusta al hombre de iglesia, fatiga que no está muy de acuerdo con su grande amor al *dolce far niente* y con sus exagerados temores humanos.

La inmovilidad eclesiástica, inmovilidad que va siempre acompañada por la soberbia, ha arrancado a la Iglesia muchos hijos quienes en la moderna vida evolucionista comprenden la necesidad de ser mejores, de ganar cada día más terreno en el campo del progreso y de la felicidad. Nadie gusta de vivir siempre lo mismo, sin cambios de ninguna especie. La misma energia vital pide el movimiento; ¿hacia adelante, hacia atrás? Esto lo determina el medio ambiente en donde el individuo cría sus aspiraciones.

La autoridad eclesiástica considera esa inmovilidad en los asuntos religiosos como un tesoro de un valor inestimable. ¿Pruebas? Recordad las circulares de muchos obispos, recordad las frecuentes suspensiones *a divinis*, recordad la Sagrada Congregación del Índice : hay en todos esos errores fundamentales una mezquina traición al alma religiosa de nuestros tiempos.

Y la inmovilidad es aun mayor en la Iglesia hispanoamericana, en ella todo es inmóvil y lo peor del caso es que trata de imponer, a las demás energías humanas, esa falta de movimiento. Hay en nuestra vida social, hay en nuestra vida polí-

tica una grande aversión al cambio; que ha sido inculcada, indudablemente, por los hombres de iglesia, quienes aun hoy buscan el medio de mantener siempre vivo el culto a la rutina.

14. — Como la una es consecuencia de la otra, trataré simultáneamente de la poca cultura y de la mucha intemperancia que se pueden muy bien observar en el clero latinoamericano.

Tenemos, nosotros los hijos del Nuevo Continente, el gran problema del alcoholismo, cuya solución, por desgracia, preocupa a un número muy limitado de personas. El clero — al cual, en su calidad de protector de las almas, correspondería una gran parte en la lucha contra el alcoholismo — aun no ha dado muestras de interés : a él le importa muy poco el que sus feligreses se entreguen a vicios tan degradantes como el que apunto. Uno de mis compañeros criticó en la siguiente forma esa apatía del clero costarricense, apatía que muchos sudamericanos me aseguran ser, con muy pocas excepciones, común a todo el clero del Continente colombino : « nuestra Iglesia, en este sentido (el de combatir el alcoholismo), no ha hecho absolutamente nada. Al contrario, es tristísimo confesarlo, existen ejemplos de sacerdotes que practican la más repugnante intemperancia. Una parte del cognac y del jerez Gilbey que llega al país encuentra su mercado en el sacerdocio. Hay una observación muy curiosa y es la de que muchos de esos tipos que medran alrededor de

las iglesias (sacristanes y maestros de capilla) son unos intemperantes rabiosos. Sacerdote, sacristán y maestro de capilla forman, en algunas iglesias del país, una trinidad intemperante que da muy malos ejemplos. »

Naturalmente esa intolerancia es hija de la falta de cultura casi general que se nota en nuestro clero. Para convencerse de la ignorancia de los principios más rudimentarios del *savoir vivre*, basta ir a una iglesia y oir los sermones — las *pláticas*, como dicen ellos — que hacen cada ocho días en las sedes parroquiales : reconocen hoy lo que ayer negaron, siempre que tal reconocimiento les sirva para el desarrollo de su sermón; equivocan las citas científicas más vulgares y de las cuales se muestran muy ufanos; copian al pie de la letra panegíricos que repiten sin variación alguna todos los años con motivo de la fiesta del santo en honor del cual fueron escritos; algunos he conocido que apenas si podían leer una pastoral derramada por la diócesis pocos días antes con motivo de una conmemoración de Leon XIII. Para ellos todo es fácil de explicar : cuando algo se les presenta con una dificultad real o aparente, entonces recurren al silencio cuando no invocan la teoría del misterio o la del milagro : el misterio y el milagro, dos conceptos con respecto a los cuales no se podría definir si son ellos quienes sostiene el espíritu de inmovilidad o si, al contrario, es éste el que sirve de apoyo a aquéllos.

15. — Hijas de esa misma ignorancia son las pequeñas rivalidades cuya existencia no es difícil comprobar entre los miembros de nuestro clero. No hay en ellos una concorde voluntad colectiva, no les parece indigno el criticarse los unos a los otros como las alegres comadres de los barrios bajos de nuestras ciudades. Se reunen en círculos en donde una colección de almas sin alma propia les forman corte y en donde se desmenuzan las ideas de otros círculos constituídos con el mismo objeto, naturalmente, aun cuando lleven una denominación piadosa : de beneficencia o de religiosidad, lo mismo da.

Tal vez esas rivalidades nazcan de la falta de compañerismo que tanto nos distingue a los hombres de raza latina. Seamos compañeros en la escuela o en el colegio, pertenezcamos a una misma asociación, lo cierto es que rendimos en todas partes un culto exagerado al egoismo individual : el buen resultado de la clase o el triunfo de las ideas de la asociación de la cual formamos parte, no nos interesa, somos indiferentes a la victoria colectiva. Y ese defecto, como es natural, nos parece mayor aun en la clase sacerdotal, precisamente porque es ella la que predica la igualdad, la caridad y el amor que nos obligan a perdonar las flaquezas de nuestros semejantes.

16. — En Centro y Sud América los espíritus observadores habrán podido notar que existe una separación profunda entre el clero y el pueblo;

la culpa es, sin duda, del primero, puesto que el segundo cuando llega a entregarse lo hace incondicionalmente. La misma ignorancia del sacerdote le impide estudiar la psicología del pueblo en medio del cual debe sembrar sus idéas, primer motivo de separación; el segundo, la multitud, ignorante también, ve en el sacerdote algo sobrehumano, en ciertas regiones de nuestro continente existe una verdadera devoción al Señor Cura, el cual es considerado como el dios de la comarca : es él quien hace y deshace a su antojo; es él quien, con solo desearlo, calma las tempestades e invoca, siempre obedecido, las lluvias fecundantes, es él quien trata directamente con Dios cosa que, a los ojos infantiles de la población, lo hace igual a Dios. Este culto al cura lo fomenta a veces el mismo clero, pues cosquillea la vanidad que dormita en el fondo de todo hombre.

Olviden los sacerdotes esa pequeña vanidad, háganse hombres de carne y hueso ante los otros hombres, los feligreses, y entonces se verán más íntimamente unidos al pueblo de cuya mentalidad podrán conocer hasta los rincones más obscuros. Olviden la soberbia y entonces, de igual a igual, podrán servir mejor los intereses de la religión sembrando sus principios no como mandatos espirituales, sino como consejos que inspira el amor fraterno.

17. — Después de haberme ocupado de lo que dentro de la Iglesia mina su poderío, debo refe-

rirme al ambiente en el cual el clero directamente y con mayores probabilidades de éxito ejerce sus influencias : el ambiente femenino.

Dijo Fogazzaro en su conferencia que Giovanni Selva cuenta con una poderosa aliada : María Selva, la mujer fuerte y amorosa que se entregó a las ideas del Quijote religioso antes de entregarse a él mismo.

¿Vive en la América latina María Selva?

Es como si nos preguntásemos :

¿Vive en algún rincón del continente colombino una Dulcinea del Toboso que lance un nuevo Quijote a la conquista del ideal?

A ambas preguntas una sola respuesta firme, desconsoladora :

Esas dos inspiradoras de grandes labores intelectuales las unas, materiales las otras, no conocen el cielo risueño de nuestra América, no han sentido el perfume embriagador y la voluptuosidad enervante de nuestras selvas vírgenes.

Las mujeres hispanoamericanas son en gran parte causa de la incredulidad de los hombres. « Ellas se nutren del ascetismo insípido que llena sus libros de oraciones favoritas y casi nunca, mejor dicho, nunca en la Biblia. Multiplican las devociones mezquinas y supersticiosas; empequeñecen le religión haciéndola servir a los más fútiles intereses mundanos ; tienen de la santidad un concepto falso, del cual no son únicos responsables, pues lo han adquirido de sus maestros y

directores espirituales; la corriente de misticismo y de ascetismo en donde se abreva su piedad sedienta, viene de una derivación inoportuna de las aguas vivas del misticismo sano y del ascetismo regular. Cambian el medio por el fin, se encierran en el templo cuando les conviene seguir a Cristo ; la menor infracción de los principios eclesiásticos les causa un horror grandísimo que supera en mucho al que pudiera causarles una infracción de los preceptos divinos; en su veneración por la jerarquía, no saben distinguir entre las personas y las dignidades; se construyen, en el mundo, celdas apartadas en las cuales se refugian huyendo del contacto de aquellos que no tienen sus mismas creencias, sus mismas ideas, sus mismos gustos; no saben rendir justicia a la virtud que no doblega la cerviz ante los altares que ellas adornan con sus exvotos y con su presencia. »

Y María Selva no es, así, no puede ser así. Ella conoce la verdadera religión, posee una fe que sabe expresarse en acción y en vida : para ella, además, no es la fe ciega la primera de las virtudes cristianas, tal honor corresponde al amor y a la práctica del amor. En esto sigue muy de cerca las teorías de su marido. De esa manera ella combate el catolicismo femenino actual que no hace otra cosa que apartar a los hombres sensatos y a las niñas sedientas de verdad y de idealismo.

18. — Como conclusión : es necesario purificar la fe, es preciso que el Quijote moderno se

esfuerce en ese sentido, combatiendo los espíritus malignos que entorpecen la marcha general de la humanidad hacia la perfección.

19. — Se responderá, sin duda, a los modernos quijotistas que es necesaria la existencia de un clero como el que pulula en las hermosas regiones del Continente Americano. Su intransigencia, su espíritu conservador y aun su ignorancia, sirven para proteger el pueblo del avance de las mil ideas que con el nombre de contemporáneas han llegado a enturbiar las aguas estancadas de la vida obrera y de la vida campesina. Se dirá que esa misma superstición que muchos sacerdotes siembran y cultivan en la mente débil de sus feligreses, no tiene otro objeto que el de defender « ese conjunto de almas cristianas, delicadas y tímidas contra los cambios demasiado bruscos del clima intelectual, en el que su fe prospera precisamente como en las noches más frías de Abril, un denso velo de nubes protege las viñas contra el granizo. » No creo justas esas observaciones y mucho menos la última similitud. Si esa es la regla que se debe seguir, adiós progreso, adiós quijotismo. Las mismas reformas que la energía progresista pretende llevar a cabo, serían imposibles; constituiraín, con respecto a la Iglesia, lo que las líneas asintóticas con respecto a la curva a la cual pertenecen : tenderían a acercarse a ella sin hacerlo nunca, el punto de contacto lo encontraríamos en el infinito. Y el infinito es cosa accesible únicamente a la

imaginación matemática y en cuestiones que a ella se refiera. En los demás ramos de la vida intelectual el infinito es el cero de la energía humana, la negación absoluta de la existencia.

20. — Y ya que hablo de esto me permito criticar, a Giovanni Selva y a los que como él piensan, una tendencia que modifica en mucho sus hermosos ideales. Ellos « saben que, ya como miembros de la Iglesia, ya como hijos de una patria, están sometidos a leyes; que las leyes de la sociedad religiosa lo mismo que las de la sociedad civil, pueden a veces imponer cosas que no están de acuerdo con nuestros principios; saben también que es su deber prestar a dichas leyes — aun a costo de las mayores amarguras y de los mayores sacrificios — la obediencia que ellas exigen; un tal deber tiene como único límite los derechos inviolables y sagrados de la conciencia. » Dicen y no recuerdan que en las cuestiones religiosas la conciencia no tiene derechos : la conciencia es la esclava de ciertos exclusivismos que se permiten quienes dominan hoy la Iglesia; la conciencia no puede preconizar sus derechos porque inmediatamente una mano airada, una mano que tiraniza a fuerza de querer gobernar demasiado bien, se alza en son de amenaza y a veces castiga con castigos duros para los creyentes sinceros. Esa obediencia que las leyes de la sociedad religiosa imponen me parece absurda en quien — como el quijotista moderno — debe desfacer entuertos y dar libertad a

muchas princesas encantadas. Es absurda porque el que señala los defectos de una institución no debe someterse a ella incondicionalmente. Sería como si el Quijote al querer combatir los molinos de viento se atase a una de las aspas : el molino seguiría girando y, quien aprovecharía los porrazos sería el Caballero de la Triste Figura.

Cuando se quiere llevar a cabo una reforma a la cual el espíritu de los superiores se opone — ya sea por conviccionnes propias y profundas, ya sea por intereses mal encubiertos — es preciso levantar la frente con soberbia como lo saben hacer las almas independientes, y desconocer todas las autoridades que se creen depositarias de los principios divinos.

Ante una infabilidad, la de la superstición, bien se puede levantar la confianza en las propias fuerzas, que concede a sus prosélitos el quijotismo contemporáneo. ¡La una matará a la otra!

EL ITALIANITO

Las ideas que tenía sobre la inmortalidad de la materia y su incredulidad en una fuerza creadora replegada en algo inmaterial, hicieron que se tachara de irreverente a aquel anciano.

Lo creían desprovisto de sentimientos; para todos era el hombre que odiaba a los hombres y que, para hacerlos infelices, les inculcaba aversiones, odios y dudas.

Aquella tarde, sentado en un sillón de la barbería, esperaba su turno para arreglarse. Había escuchado con atención a dos limpiabotas que desataban su cólera contra un italianito quien, en busca de trabajo, había entrado en la barbería diciendo con su vocecita delgada : *¿se lo limpio lo zapato?* Lo querían echar del establecimiento porque, según ellos explicaban, les iba a hacer la competencia en su mismo dominio.

El anciano, abandonando su asiento, se dirigió a los dos limpiabotas y les dijo con una voz cadenciosa que expresaba sus sentimientos de verdadero cristianismo :

— ¿Por qué arrojáis del establecimiento a ese desgraciado que, como vosotros, busca el medio de vivir trabajando? Amiguitos, no sabéis siquiera las circunstancias que lo obligaron a abandonar el cielo purísimo de la ciudad que lo vió nacer, Génova; no sabéis qué dolorosos pensamientos agitan su alma infantil... La religión que se os enseña dice que ese chicuelo es vuestro hermano... pues bien, queredlo como a un hermano más pequeño, más débil puesto que no goza, como vosotros, del consuelo de las caricias paternales. ¿No véis cómo en sus ojos se refleja la tristeza, no escucháis cómo vibra su voz con una ternura indecible al ofrecer sus servicios a todos aquellos que llevan sus zapatos sin brillo? Cada respuesta negativa es, para él, una frase que le hiere : no se le permite que gane honradamente lo que ha de comer. Acordaos, él no tiene, como tenéis vosotros, quien vele por su alimentación.

¿Por qué lo odiáis? Porque viene de lejos a arrebataros el pan de cada día? Debéis pensar en el porvenir; mañana, cuando el huracán de la desgracia amenace vuestra solitaria barquilla, encontraréis el premio de las buenas acciones que hoy lleváis a cabo. No le llaméis extranjero, esa palabra no debe escucharse en los labios de quien

sabe cumplir con los deberes que le imponen sus sentimientos elevados, todos, todos, somos hijos de una misma, hermosa patria : el universo; no deben existir odios entre individuos que viven agobiados por la autoridad de dos jefes distintos impuestos por el egoismo de los hombres.

No expulséis de vuestro lado a ese pobre genovés, tendedle los brazos, proporcionadle trabajo, haced que con vuestra amistad cariñosa sienta menos triste la separación de sus padres y la ausencia de aquellos sitios queridos hacia donde lo llevarán a menudo sus recuerdos. Haced de ese desgraciado vuestro amigo, porque los amigos mejores son los desgraciados...

Conmovidos con aquellas frases los dos limpiabotas olvidaron su cólera contra el italianito. En seguida, cuando uno de los clientes, de la barbería pidió que le limpiaran su calzado, ambos muchachos, recordando las palabras que acababan de oir, cedieron aquella ocasión de trabajo al joven peregrino en cuyos ojos brillaron dos lágrimas de agradecimiento.

CAÍAN LAS HOJAS

A la señora
Ana María Brenes Mesen.

Eleonora me amaba; nunca supe hacerle conocer la pasión que en mí había despertado, y, sin embargo, estaba casi seguro de su amor; me lo decían sus ojos melancólicos, me lo decía su sonrisa amable, me lo repetía el acento de su voz armoniosa.

Además, dos detalles de nuestras relaciones me hicieron concebir esperanzas ilimitadas; no sé, el hombre que ama llega a ser un observador muy fino siempre que el campo de sus observaciones se extienda alrededor de su amada; cada detalle que en ella cree sorprender, lo interpreta favorablemente : vanidad de vanidades a la cual ninguno ha sabido resistir.

En cierta ocasión pude obtener, con mis continuos halagos, la simpatía de una chiquitina de

cuatro años que se mostraba huraña con todos. La niñita me llamaba *su novio*, y, como tal, debía abandonar la compañía de los grandes, ir con ella al jardín, colocar ramos de flores en sus manecitas delicadas y en sus cabellos negros, en fin, dedicarle todo mi tiempo y todas mis atenciones hasta tanto el cansancio y el sueño no la rindiesen y la obligasen a buscar el regazo amoroso de la abuelita que, en aquel tiempo, la adormecía cantando y que hoy duerme en un rincón tranquilo del cementerio.

Un día, Eleonora, mirando los ojos negros de la niña, me dijo sonriendo :

— ¡Qué lindos ojos tiene su novia!

— ¡Ah! — le contesté — mi novia debe tener bellos ojos : cuanto más bellos los tiene, tanto más la adoro.

Al terminar aquella confesión pude notar que su cara de niña inocente se teñía de un leve rubor, el rubor de la señorita que escucha los elogios prodigados a su belleza.

¿Por qué tomó para sí aquel elogio? ¿Tendría mi voz un acento de sinceridad que ella supo apreciar? Me quedé meditando; ella, que se había dado cuenta de mi sorpresa, me miró con dulzura y me dijo :

— Tiene usted razón, los ojos de una novia deben ser bellos; en la ternura y en la pureza de una mirada hay todo un poema que sólo quien ama sabe comprender.

Y luego, sin esperar una respuesta, tomó la niña en sus brazos y se dirigió hacia el jardín a coger flores, decía la chiquitina, a coger flores para *el novio*...

Otra vez una amiga suya me preguntó sonriendo :

— ¿Es cierto que usted le hace la corte a Eleonora?

No supe negarlo, era imposible ante la insistencia de aquellos dos ojos curiosos y alegres que me miraban como queriendo adivinarlo todo. Le dije mis esperanzas, le dije mis temores y ella, sin dejarme terminar, exclamó :

— No sé por qué Eleonora no me ha hablado de la corte que usted le hace. Siempre, siempre he estado al corriente de cuanto le sucede; cuando alguno, con sus atenciones prodigadas, le hace comprender la simpatía que por ella siente, Eleonora en seguida me lo dice. Es raro — terminó sonriendo con malicia — ¿qué significa su silencio en este caso?

No quise contestar. La respuesta me había venido a los labios pero no me atreví a pronunciarla; me parecía una frase demasiado presuntuosa : Eleonora me amaba, sentía por mí un afecto distinto del que le inspiraban los demás pretendientes suyos. La corte que yo le hacía le era más grata y debido a esto la aceptaba en silencio no esperando sino que yo le declarara con franqueza mis sentimientos.

Desde ese día no pensé en otra cosa. Buscaba

siempre la ocasión propicia. Era necesario decirle que veía en ella la mujer ideal, la dulce compañera que había de ayudarme en la fatigosa jornada de la existencia.

Iba a su casa con frecuencia, le hablaba de mil cosas que parecían favorecer mis intenciones, le facilitaba libros hermosos llenos de bellos sentimientos en los cuales mi alma se despojaba de sus secretos y en los cuales ella, con una bondad indecible, me hacía conocer sus aspiraciones : las frases subrayadas por su mano y por la mía llevaban, del uno hacia el otro, el perfume de un sentimiento que mi vanidad creía amor y que mi escepticismo llamaba curiosidad.

Muy a menudo hablábamos del arte, campo en donde nuestras ideas concordaban perfectamente : para ella y para mí la música era la más bella de las manifestaciones artísticas. Muchas veces, junto al piano, después de haberme hecho gustar las melodías llenas de encanto de sus compositores favoritos, me decía con ingenuidad :

— Cuando ejecuto un trozo de música, bello como el que ha oído, me siento otra, es decir, me siento la Eleonora de mis sueños, original, toda cariño y toda ternura.

Y al decir esto suspiraba, suspiraba profundamente pensando tal vez en sus afectos presentes y en sus afectos futuros : en sus padres y en su hermana ; en su marido y en sus hijos.

Cuando acariciaba un niño me parecía no cono-

cerla : era una mujer hecha de caricias, su voz se volvía más dulce, sus miradas eran más tiernas, sus sonrisas llegaban a darme la visión de lo verdaderamente delicado. Un pintor decía de ella : cuando tuviera necesidad de representar la inocencia de la alegría primaveral, sería ella mi modelo.

Tenía una cara de niña ingenua y un cuerpo delgado, muy flexible, sin curvas atrevidas, sin nada provocante. Llevaba, al caminar, la cabeza un poco inclinada hacia la derecha y, en invierno, le agradaba ocultar la parte inferior del rostro con el manguito ; en una posición de coquetería adorable. Hablaba con un cierto acento de cansancio que, con la melancolía de sus ojos, parecía recordar una desilusión anterior, tal vez un amor no correspondido, cuando era aún muy niña, cuando sus padres ejercían sobre ella una tiranía ilimitada...

Aquella tarde subíamos juntos el Monte de la Guardia. Delante de nosotros iban su hermana Atilia y su prima Hortensia, dos simpáticas señoritas quienes, conversando con animación, se decían sus secretos de oro : la última visita del prometido o el elogio ganado en una lección de la Universidad.

Detrás venían sus padres, dos amables personas las cuales, de cuando en cuando, iban despertando, en su memoria, recuerdos de tiempos que fueron y que no volverán ; su juventud, su noviazgo

y sus primeros paseos idílicos por aquellas mismas colinas.

Mientras seguíamos el largo pórtico por el cual se llega al templo que se alza majestuoso en la cumbre del monte, Eleonora miraba el paisaje, deseando, tal vez, conocer la impresión que en mí causaban aquellos sitios tan diferentes y tan lejanos de los que mis ojos infantiles se acostumbraron a contemplar.

— ¿No es cierto que es muy bello lo que vemos en este momento? — me dijo después de un largo silencio.

— Es muy hermoso — le contesté con premura; — pero, no sé por qué me gustan más los paisajes costarricenses.

— ¿Son más bellos aún?

— A nosotros, los hijos del trópico, no nos llaman la atención esos paisajes femeninos en donde abundan la palidez en los colores y la regularidad en los contornos. No nos entusiasman esas vistas en donde resaltan árboles pequeños, poco frondosos, que parece que sufren el peso de una vejez prematura. Nos encantan la fuerza en la vegetación y los colores subidos de un cielo siempre azul y de unas montañas siempre verdes; nos agrada contemplar las líneas atrevidas de las cordilleras americanas y las ondulaciones graciosas de los ríos que se deslizan por todas aquellas regiones encantadas. Somos adoradores de la virilidad que se muestra hasta en la naturaleza; por lo tanto,

no le extrañe, señorita, que veamos así, sin entusiasmo, los hermosos paisajes que a ustedes tanto les agradan.

— Y sin embargo — me replicó ella — si un italiano va a América, a la América, tropical, suspira siempre por la naturaleza de su Italia adorada.

— Mal de patria solamente.

— Nosotros los italianos con nuestra suavidad en todo, no podríamos apreciar las bellezas de los paisajes americanos, porque nos gusta la timidez hasta en los matices, hasta en las líneas : un ejemplo sencillo lo tenemos en nuestra música tierna, suave y sencilla. Lo comprenderá usted mejor — añadió sonriendo — cuando se lleve una italianita como compañera en las luchas de la existencia ; muy a menudo la oirá expresar el deseo ardiente de contemplar los alrededores boloneses en los cuales resaltan árboles pequeños, poco frondosos, que parece que sufren el peso de una vejez prematura, como me acaba de decir; supirará por la palidez en los colores del cielo y por la regularidad de esas colinas que ahora contemplamos... ¿Sabe que, desde ahora me causa compasión esa pobre bolonesa que allá, lejos, no volverá a ver el majestuoso espectáculo de la nieve que cae sobre las torres numerosas de su ciudad natal ?... A propósito — dijo sin detenerse — ¿tiene usted novia aquí o es siempre fiel a la que dejó en su patria?

Le dije que allá no había un cerebro femenino que pensase amorosamente en mí; que no tenía

en mi patria otros afectos que el de mi familia y el de unos pocos amigos; que en Bolonia había encontrado una simpática señorita a la cual hacía la corte tímidamente, temeroso de disgustarla.

— ¿Por qué? — me preguntó en seguida.

— ¿No cree usted, como yo, que se deba cortejar a una señorita discretamente, sin que nadie lo note, sin que lenguas extrañas se ocupen de lo que uno hace?

— ¿Y ella, lo sabe?

— ¿No lo creo, señorita.

— ¿Y entonces...? — replicó extrañada.

— Ella lo comprenderá con el tiempo...

— Deja al tiempo lo que... — se interrumpió para preguntarme con un acento travieso : — ¿Y no podría ser que esa señorita... ella... se haya dado cuenta ya de lo que sucede?

— ¿Lo cree usted? — le pregunté interesado, dejando comprender la alegría que me causaba aquella suposición.

No quiso contestarme. Me miró tranquilamente, en sus labios apareció una sonrisa encantadora, luego, figiendo contemplar el paisaje, me preguntó :

— ¿Y usted no hace lo posible para hacerla comprender sus sentimientos?

— Sí... la he dedicado mi última poesía...

— ¿La que me leyó anoche?

— Precisamente...; en ella, como usted lo habrá visto, le hablo de mi adoración secreta, le hago comprender que es ella mi ídolo...

Con un acento que nunca había oído en su voz, me dijo :

— Lo he encontrado... Sí, el medio para que usted le haga su declaración... léale la poesía, con dulzura como me la leyó a mí, haga resaltar con su voz los sentimientos delicados que hay en aquellos versos y... después, mientras ella saborea tanta ternura, pídale humildemente el permiso para poner su nombre al frente de esa composición. Ella, si es inteligente, lo comprenderá todo, todo, sin que usted se haya visto obligado a decírselo...¿No es buena mi idea? — terminó sonriendo.

La miré un instante, ella me miró también fijamente : aquella mirada me concedió la energía que necesitaba; en un arranque de sinceridad le dije mi amor por ella, cómo había nacido, cómo había ido aumentando cada vez más sin que me fuera posible impedirlo, cómo me había atrevido a dedicarle aquella poesía en donde mi alma se mostraba tal cual era : amorosa, llena de adoración hacia ella, mi musa, el consuelo único que había encontrado en mis horas de tristeza.

Me dejó hablar hasta el fin, de vez en cuando me miraba con temor : también ella me amaba, pero a su amor algo se oponía, algo que ella consideraba poderoso y al cual, en mi egoismo, nunca había pensado.

Cuando terminé mi confesión, Eleonora se detuvo un momento, suspiró repetidas veces, luego, con voz temblorosa, me dijo :

— Lo había comprendido, sí, lo había comprendido. Si hoy he dejado que su sinceridad me lo dijera todo ha sido porque lo creía necesario, porque creía necesaria, entre nosotros, una explicación. Piense, Alberto, piense en nuestro caso, no es un caso común... Usted debe volver a su patria, allá lo esperan sus padres, sus hermanos, sus amigos; allá no volverá a acordarse de los años pasados en Italia; Bolonia será para usted un recuerdo de su juventud, un recuerdo nada más que se irá disipando, disipando...

No concluyó la frase, me volvió a mirar; luego, después de haber pensado durante un momento que me pareció infinito, agregó :

— Sí, Alberto, yo también he sentido y siento simpatía por usted, pero... no he sido egoista o, mejor dicho, he sido muy egoista. He pensado que, amándolo, debía seguirlo allá, a tierras lejanas, en donde ni la lengua, ni las costumbres me eran conocidas; debía seguirlo, porque allá está su porvenir y porque no podía ser yo quien se interpusiese en su camino hacia la victoria obligándolo a permanecer entre nosotros. Tal vez usted no se ha imaginado, como lo he hecho yo muchas veces, una mujer, una pobre italiana que pensara siempre en sus padres adorados y en los sitios en donde trascurrió feliz su infancia y su adolescencia... La tristeza sería siempre mi compañera... ; esa tristeza llegaría a ser causa de arrepentimiento, de rebelión contra las decisiones que

hoy parecen tan naturales : nos amamos, nos unimos... y el porvenir, Alberto, ¿dónde dejas el porvenir? — me preguntó con dulzura, tuteándome por la primera vez. — No quiero hacerte desgraciado con mis suspiros y con mi nostalgia. — Guardó silencio un instante, después continuó : — Es preciso olvidar estos momentos de abandono. Sea siempre la misma nuestra simpatía; pero, no en el amor : a él se opondrían mis padres, mi hermano, toda mi familia, todos... ¿es imposible, es imposible nuestro amor! — concluyó casi sollozando Eleonora.

Seguimos silenciosos nuestro camino : ella suspiraba de cuando en cuando, yo repasaba, una a una, las palabras que Eleonora había pronunciado. Encontraba tanta verdad en ellas, que no sabía qué contestar.

La situación se hacía penosa, ella no se atrevía a hablarme, yo no era capaz de coordinar una frase, los dos nos mirábamos de soslayo esperando recíprocamente una exclamación libertadora.

Pensé en mis padres, pensé en mis amigos, pensé que podía quedarme en Italia para siempre, que debía quedarme ya que ella me amaba y no podía seguirme, ¡pensé tantas, tantas cosas...!

A aumentar mi desconcierto vinieron los acordes de un organillo ambulante que tocaba un vals muy conocido : *Sobre las olas.*

Ante mis ojos pasaron, como una visión, mil escenas de mi infancia estrechamente ligadas con

aquellas notas populares. No sé qué fuerza irresistible me obligó a detenerme, a escuchar con atención aquella música nuestra, aquella música latinoamericana.

Eleonora se detuvo a mi lado, me miró con extrañeza, puso atención también ella a aquellos acordes que los demás juzgaban tal vez vulgares y que para nosotros, para mí especialmente, tenían tanto valor. Eleonora esperó que terminase el vals; luego, tocando ligeramente mi brazo, dijo :

— ¿En qué piensas? — Corrigiéndose repitió : — ¿En qué piensa?

No fuí capaz de ocultarle la verdad; aquella música me había turbado tanto que a su pregunta respondí con voz entrecortada :

— ¿No comprendes, Eleonora? Es mi niñez que revive; en estos momentos, al escuchar esa música suave, melancólica, me parece que vuelvo a ser niño, que vivo con mis padres, que ella, mamá, juega con mis cabellos rubios, que él, papá, me sonríe cariñosamente, llamándome, tratando de arrancarme de los brazos maternos con la dulzura de sus palabras. Y afuera el organillo que toca, que canta las notas de ese vals... *¡Sobre las olas !*... Más tarde, Eleonora, cuando ya no era un niño, cuando las primeras ansias del triunfo en la escuela me obligaban a velar hasta altas horas de la noche, esa misma música venía a interrumpir mis estudios con sus acentos dolorosos,

con sus acordes de esperanzas nunca muertas...

Y al oirla hoy, aquí, tan lejos de aquellos lugares en donde pasé mi adolescencia, no puedo menos que pensar en los días felices que esa música alegre y en las noches en que ella llegaba a mi cuarto de estudio a despertarme cuando, fatigado, me adormecía sobre el libro de historia ó el de matemáticas...

No me fué posible agregar otras explicaciones, mi voz temblaba, la emoción era grande, en mis ojos brillaron dos lágrimas... Eleonora, al verme en aquel estado, me dijo dulcemente, como con temor de disgustarme :

—¿Ves, Alberto?... ¿Comprendes ahora por qué nuestro amor es imposible?...

No le respondí, la miré con mucha ternura, besándola en los ojos; ella se puso roja, muy roja, luego me extendió la mano como para sellar con aquella unión nuestro pacto de sacrificio.

¡Mientras estrechaba su mano delicada, sentía en mi interior esa tristeza indecible que satura la campiña cuando, en las tardes de otoño, los árboles lloran sus hojas sobre la ruta polvorienta...!

MUJERES DE IBSEN

A la señora
Ester Venegas de Zeladon.

Svanhilda.

(*La Comedia del Amor.*)

En un ambiente saturado de pasiones bajas ha crecido la joven Svanhilda, la cual se queja de la existencia que arrastran todas aquellas mujeres, amigas suyas, en cuya compañía tiene que encontrarse a todas horas.

Ella ha vivido como extranjera en la casa materna, ha estado siempre triste en medio de tantas personas que ríen siempre; se siente sin fuerzas, completamente abatida al considerar los ideales que acarician los asiduos amigos de su madre.

No vislumbra la verdad en ningún sitio, se marea con el incienso mutuo que, entre sí, se prodigan sus compañeros; está convencida de que es aquel ambiente mísero el que engendra tantas

cosas falsas, y en sus sueños desea encontrar un sitio purificado por la brisa de la sinceridad; su pecho no quiere vivir oprimido por el corsé de las conveniencias sociales, a su voz dulce y sonora no le agrada formar parte del coro de la mayoría ignorante y esclava : es por eso que siente la nostalgia de un mundo en el cual haya una existencia digna de ser envidiada y una suerte que merezca ser compartida.

Sólo ella comprende las ideas bellas que expone el escritor Falk. Cuando él — después de ser despreciado por los que eran sus amigos — exclama : « ya soy libre, me he deshecho de esas mentidas afecciones que me rodeaban », sólo Svanhilda permanece a su lado.

El escritor — creyéndola igual a los demás — le dice, señalándole el sitio por donde han desaparecido su madre, sus tías y sus amigos :

— Señorita, es por ahí por donde hay que ir.

Y ella le responde con orgullo :

— Sí, pero mi ruta no es la misma, yo no aumentaré el número de las personas que os abandonan porque decís la verdad.

Y luego le confiesa que si él está dispuesto a combatir las mentiras que arruinan la existencia moral de las sociedades, ella estará a su lado, dispuesta siempre a prodigarle sus consuelos y sus frases de aliento.

Cuando él le pide su amor y le exige un juramento, ella sabe mostrarse digna recordándole que

la libertad es el más bello de los tesoros y que la dicha — para que sea sincera y durable — no necesita apoyarse en un juramento.

Luego, al oirse comparar a un pájaro cuyas canciones serán motivo de inspiraciones sublimes para el poeta Falk, ella pregunta a su amado qué hará cuando aquél ruiseñor haya entonado su última canción. Es previsora, antes de obrar en el presente, consulta el porvenir; no se fía de aquel amor que Falk le prodigará durante *mucho tiempo :* se rebela contra esas dos palabras y sacrifica su felicidad diciendo con una franqueza y una energía encantadoras : « si nuestro amor debe terminar en alguna época, es preferible que sea cuando el sol de nuestra dicha brille con toda la magnificencia de un mediodía tropical ».

Ella — al contrario de su hermana Anita y de la señorita Skoere — no piensa en el matrimonio como en la única misión de la mujer. No espera, con la resignación del cobarde, el sucederse monótono de los hechos : sabe que más tarde sufrirá mucho si el amor de Falk ha de enfriarse, y ante aquella perspectiva de tristeza renuncia a ser feliz durante los primeros años de su matrimonio.

Para ella, la verdad es más preciosa que la dicha.

Y así — con el corazón destrozado — se separan aquellos dos seres que se aman con delirio, dispuestos a la lucha por la vida y la

verdad, sin lanzar una queja contra la suerte que ellos mismos han elegido.

Svanhilda representa la humanidad que se preocupa del porvenir, no con miras ambiciosas sino con el único fin de ser más tarde lo que quiere ser, sin estar sujeta a tradiciones odiosas que entorpecen su marcha hacia aquella región encantada en donde irradia, espléndido, el sol de los nuevos ideales humanos.

Thea.

(*Hedda Gabler.*)

Thea Elvsted tiene veintisiete años; en su rostro inteligente brillan dos ojos cuya mirada es tímida e inquieta a la vez que interrogadora.

Después de servir de institutriz a los niños de Elvsted y de haber aliviado con su cariñosa solicitud los últimos momentos de la primera compañera del que es hoy su marido, llegó a gobernar en aquella casa en donde, desde hacía mucho tiempo, había implantado el orden y la economía.

Su esposo tiene veinte años más que ella. Aquellos dos esposos no tienen un solo pensamiento común. Lo que ella siente debe sentirlo aislada porque el cerebro de Elvsted no puede elevarse como se eleva el de su adorable Thea.

Eybert Loevgord — llamado a servir de preceptor a los hijos de Elvsted — es un hombre que

ha ido rodando por diferentes ciudades y que a pesar de su talento extraordinario es despreciado, aun por sus propios amigos : todos ven en él, no al sabio sino al vicioso.

Thea comprende lo que pasa en aquel cerebro, se siente impulsada a ser el ángel tutelar de aquel hombre sirviéndole de guía en sus investigaciones y de apoyo en las horas de desaliento que a menudo asaltan a los grandes obreros de la idea.

Thea es la mujer verdadera que tiene las hermosas cualidades de ser sensible, tierna y abnegada. En ella esa sensibilidad, esa ternura y esa abnegación siempre están dispuestas al servicio de las buenas causas.

Es la mujer inteligente que — con sus observaciones cariñosas cuando es hija y hermana; con sus deseos que son mandatos cuando es novia; con sus cuidadosos desvelos cuando es madre y maestra — sabe despertar el raciocinio en el que siente inclinación hacia el vicio, sabe inculcar en él principios de templanza y, destruir, de esa manera, las tendencias perversas.

Thea ha adquirido una influencia poderosa sobre Eybert haciendo que renuncie a sus viejas e innobles costumbres. Nunca le dijo nada, nunca le pidió nada y sin embargo le hizo comprender que su conducta le repugnaba. Por respeto a aquella mujer que no es la suya, pero que ha sabido imponerle sus ideales levantados, él olvida la costumbre de embriagarse a menudo.

Después de algunos años Eybert deja la casa de Elvsted y se establece en una ciudad vecina. Thea, que comprende las grandes tentaciones que rodean al individuo en los centros de población numerosa, se cree en el deber de seguir velando por aquel hombre inteligente y digno de mejor suerte. Abandona la casa de su marido en donde por muchos años ha venido fingiendo una afección que no siente. Hedda, una amiga suya a quien hace conocer su decisión, le dice que vuelva a casa de su legítimo esposo y que olvide el pasado, recordándole también que el mundo está siempre dispuesto a hacer comentarios sobre la conducta ajena. Thea, que tiene un valor extraordinario cuando se trata de ir a la acción, exclama con orgullo :

— ¿Lo que dice el mundo?... ¡Que diga lo que quiera! ¡Hago lo que creo que es mi deber!

Y con su actitud justifica sus palabras; sin importarle lo que dicen quienes la rodean, ayuda a Eybert a vivir honradamente sin buscar los placeres viciosos a que estaba habituado.

Aquel hombre regenerado comprende la nobleza de Thea y siempre agradece sus buenos consejos diciéndole con cariño :

— Tú verás y contigo los demás verán que si yo me arrastraba, ahora soy capaz de elevarme porque tu bondad ha sabido purificar mi espíritu.

Ella le inspira el libro que ha publicado y el que está escribiendo. Sus palabras de aliento cons-

tituyen la más preciada de las recompensas a que Eybert puede aspirar.

Cuando — después de una fiesta en casa de Brack en donde la envidia de muchos amigos lo impulsa a beber — Eybert pierde el manuscrito de su segundo libro, no se atreve a decírselo a Thea.

— ¿De qué se trata? — le pregunta ella dispuesta a saberlo todo; y cuando el escritor le miente diciéndole que ha roto los originales de su nueva obra le contesta con cariño:

— Yo puedo ayudarte como lo he hecho hasta hoy: podemos continuar juntos nuestra labor.

Thea se resigna a comenzar el trabajo y él, por la influencia malsana, de una mujer celosa, se suicida. No tiene el valor de afrontar la vida como ella se presenta ni aún el de imitar a la mujer que, a su lado, desafía las contrariedades de la existencia con las hermosas virtudes que sólo las mujeres nobles saben ejercer: el amor, la paciencia y la abnegación.

Alina.

(*Solness el Arquitecto.*)

Ninguno de los dramas de Enrique Ibsen presenta tan bien la lucha entre el pasado y el porvenir como Solness el Arquitecto. Dos figuras de mujer resplandecen en él: Hilda, que personifica la juventud, y Alina, símbolo exacto de aquellos seres que se agostan cuando les arrebatan las ilusiones con que se dormían allá en las tardes del pasado que se olvida.

Alina é Hilda al encontrarse juntas en casa de Solness trabajan por atraerlo: la una con los recuerdos de los ratos deliciosos pasados bajo el techo de la vieja casa incendiada; la otra, con las aspiraciones nobles representadas por la torre alta, altísima, con la cual el arquitecto corona el nuevo hogar que construye.

Aquella casa incendiada es el símbolo de las

ideas añejas que pierden fuerza a medida que el hombre avanza en la ruta de la verdad y de la vida. Esa casa la llora Alina como lloran — sobre los escombros de una antigua doctrina — los espíritus débiles que no saben adaptarse a las exigencias del progreso humano.

Alina, junto con el viejo hogar, llora la pérdida de sus primogénitos, dos niñitos cuya existencia se apagó pocos días después de haber visto la luz. Aquellos dos hijos son las obras que se basan en las antiguas tradiciones, se desmoronan y desaparecen cuando el alimento que les ofrece el pecho agotado de su madre, no tiene valor nutritivo alguno.

Al pensar en aquella casa y en aquellos hijos la pobre mujer tiene razones para llorar: la nueva habitación nunca será igual a la antigua; en ella no puede vivirse mejor; siempre existirán allí el mismo vacío y el mismo desierto. En las nuevas sociedades el pasado no puede vivir sin nostalgia: le falta la luz macilenta de las tradiciones que narcotizan su existencia mezquina.

Alina no sabe hacer más que su deber: cumple con los deberes que no exigen sacrificios, pero ante aquellas obligaciones que levantan atendiendo a la batalla moral que implican, se declara vencida sin atreverse siquiera a probar sus energías.

Cuando se le pregunta si está contenta porque va a vivir en la nueva casa responde con tristeza:

— Sí, debo estarlo porque ese es el deseo de mi marido.

Pocas palabras, es verdad, pero que en lo limitado del número nos presentan aquella mujer como una esclava de todos: es cierto, su deber es plegarse a la voluntad de su marido; renuncia a su propia iniciativa; es la mujer que no quiere emanciparse porque cree que es preferible vivir según el capricho ajeno a obrar según el propio criterio.

Alina no baja al jardín; tiene miedo, no es el mismo aquel por entre cuyas alamedas paseaban su padre y su madre; no quiere venir a coger flores porque las plantas que crecieron en un tiempo han sido reemplazadas por otras y porque en su viejo jardín construyeron nuevas habitaciones desde cuyas ventanas quién sabe cuántos ojos extraños y curiosos espían sus actos.

Aquel parque, aquellas flores y aquellas viviendas, son el mundo con sus ideas y sus obras. Los rutinarios no quieren bajar al mundo y codearse con los hombres de hoy, no vienen a deleitar su olfato con el perfume penetrante de las nuevas flores que son las ideas modernas cuyo desarrollo contemplan, desde las ventanas vecinas, muchos ojos extraños y curiosos: la opinión pública.

Es curioso observar que Alina no siente tanto la desaparición de sus hijos como la de los viejos retratos y los vestidos de sus antepasados.

A la pérdida de los primeros se resigna porque

— según ella dice, — es nuestro deber someternos a los decretos de la providencia, dando siempre gracias al cielo por habernos honrado con su bendición o con su cólera. »

Llora con amargura aquellas joyas y aquellas muñecas — principalmente aquellas muñecas — con las cuales se distrajo en medio de la ingenuidad y de la ignorancia de los primeros años. Sus muñecas son, seguramente, aquellas mentiras con que se ha distraído a la humanidad para que no buscara otros juguetes más apreciables. Sus muñecas son las creencias antiguas que ceden el lugar a los principios establecidos por la investigación constante de la inteligencia humana.

Así, cómo Alina, todas las mujeres tienen esas muñecas que se complacen en guardar hasta una edad muy avanzada. Viven siempre con ellas: son la resignación con que sufren su esclavitud y la creencia en la preconizada inferioridad intelectual femenina.

Hilda.

(*Solness el Arquitecto.*)

Desde que Hilda aparece en escena se nota en ella el atrevimiento de quien es joven y tiene confianza en el porvenir. Llega alegremente, hace recordar a Solness los detalles insignificantes de la vida de hace diez años que aquel hombre había olvidado como olvidan todos los que viven apegados a la tradición, las palabras de luz que iluminan de cuando en cuando las oscuridades de sus conciencias.

Hilda — como la juventud — recuerda y ríe con sus recuerdos haciendo con ellos un castillo: sus ilusiones, que, poco a poco, a fuerza de constancia se irá dibujando en los dominios de la realidad.

Ella no es como los pájaros del bosque que se esconden entre las hojas de los árboles para

cantar; no es modesta como no es modesta la juventud cuando sabe que esas virtudes hipócritas lo que hacen es apagar iniciativas y adormecer los ánimos enardecidos de quien tal vez podría llevar a cabo alguna acción de provecho para la humanidad.

Como la juventud, es orgullosa y, como ella, siente en su cerebro los nobles impulsos de la generosidad. Aconseja al constructor que dé una alegría, a Ragnar y a su viejo padre moribundo enviándole sus dibujos y cediendo la ocasión de ejercer su talento a aquel joven dibujante que ha vivido a su sombra, sin poder gozar de la luz vivificante de la libertad en el trabajo.

En cada una de sus palabras encuentro a la juventud que habla con la vejez; ella representa aquella edad hermosa en que se sueña siempre y en la que se desea subir, subir muy alto a pesar de lo que diga el mundo en las historietas que acostumbra referir en voz baja.

Como los jóvenes, es impaciente; no puede dejar para más tarde aquello que tal vez tenga consecuencias inmediatas. Para dar la alegría al padre de Ragnar es preciso escribir una carta, pero es preciso no perder tiempo porque el pobre anciano puede morir esperando.

Hilda baja al jardín, recoge en él las flores de matices más delicados y de perfumes más penetrantes; con ellas adorna su persona y pasea tranquila por entre las alamedas del parque sin im-

portarle nada las miradas curiosas de aquellos extraños que la espían desde las ventanas. Es la conciencia limpia que desafía con sus ideas nobles y sus sentimientos elevados a la opinión pública que siempre se oculta para arrojar sus fallos atrevidos sobre muchas cosas que no comprende.

Ella anima a Solness para que suba allá a lo alto de la torre que corona la nueva vivienda y lance al mundo, desde arriba, el canto hermoso de sus ideas y de sus intenciones.

Quiere que suba porque subiendo es como se ennoblecen los cerebros que así se acostumbran a vencer el vértigo y con el vértigo las pasiones que se arrastran a los pies de los ricos y de los todopoderosos.

Hilda lo ve subir ansiosa, y cuando el arquitecto cae, repite con orgullo:

— ¡Llegó a la cima!...

Mientras tanto se prepara para seguir su camino hasta encontrar el verdadero hombre fuerte, capaz de resistir al vértigo que se siente en las alturas cuando se está a solas con sus pensamientos.

Gina.

(*El Pato Silvestre.*)

Hay una relación muy estrecha entre *El Pato Silvestre*, de Ibsen publicado en 1884 y *El Guante*, que Bjoernson hizo representar en 1883. Podría decir que ambos dramas se complementan dándonos idea de todo lo que necesitamos para que la vida matrimonial sea sincera y dichosa.

El Guante nos dice que es preciso que el hombre llegue al altar tan puro como pura es su prometida.

Svava — al renunciar a su matrimonio por una razón que hará reir a todas las personas que la consideren desde el punto de vista del egoismo moderno — es una mujer nobilísima que distingue en lontananza muchos dolores y que, como Svanhilda en *La Comedia del Amor*, sabe sacrificar una época de dicha para no encontrarse más tarde luchando con las tristezas de la vida.

Ejemplo raro, porque las mujeres de hoy sólo piensan en el matrimonio como en el único medio que tienen a su alcance para salvarse de las tiranías con que la sociedad intolerante ahoga la juventud de muchas señoritas.

El Pato Silvestre nos dice que es preciso que la mujer sea sincera con su novio ; a él debe hablarle con la franqueza con que se habla a un confidente ; tal vez la confesión al futuro esposo sea de más valor práctico que la rutinaria ceremonia que precede a la del matrimonio.

Hialmar y Gina son esposos desde hace diez y seis años ; de su unión dichosa tienen un fruto encantador, una niña — Hedvige — cuya belleza ha sido dismuinuída por una enfermedad en los ojos.

En diez y seis años no ha aparecido una nube precursora de tempestad que pudiera amenazar la paz de aquellos dos esposos que se aman como se amaban en los tiempos, no olvidados, del noviazgo.

Pero — después de diez y seis años de dicha — llega la desventura cabalgando en las frases mezquinas de un cualquiera, quien descubre a Hialmar el pasado de su esposa : su querida Gina ha sido amante de Werhé.

Y aquellos dos seres en cuyas miradas se leía el agradecimiento del uno hacia el otro por la dicha inmensa de que han disfrutado, ahora se ven con desconfianza sintiendo un miedo recíproco.

El la pregunta con voz temblorosa :

— ¿Cómo pudiste ocultarme eso? Debías habérmelo confesado inmediatamente después de conocer mis intenciones. Por lo menos así hubiera sabido con quien me casaba.

— ¿Me hubieras llevado al altar lo mismo? — interrumpe ella con esperanza.

— ¿Cómo puedes suponerte semejante cosa?

Y al oirlo, ella le responde que ese fué el motivo por el cual no se atrevió a decirle la verdad.

— Te quería mucho y no podía hacer, de tal manera, mi propia desgracia.

Después de su conversación ambos se comprenden y desde entonces Gina se dedica a hacer la felicidad de Hialmar; a expiar las faltas del pasado ayudando a su compañero en las luchas diarias del presente.

Hialmar, al ver la tranquilidad y el orden que reinan en su casa, siente que a su espíritu retorna la calma; se considera dichoso al lado de aquella mujer adorada.

Muchas son las mujeres que, como Gina, ocultan una falta de su juventud por temor de permanecer solteras; prefieren mentir a quien les dedica su cariño antes que seguir la jornada de la existencia sin un hombro fuerte que les sirva de apoyo y sin unos ojos amorosos que sepan distinguir allá, a lo lejos, la ciudad fantástica que ha de ser el nido de su ternura y de su felicidad.

Ante esa perspectiva callan todo, aun cuando sepan que en su nuevo hogar reinará siempre la

mentira y en donde tal vez vivirán martirizadas continuamente por las angustias del arrepentimiento.

Así como al lado de Alina, Ibsen coloca a Hilda, así junto a Gina nos presenta a la señora Soerby quien, antes de casarse por segunda vez, cuenta a su futuro marido los sucesos del pasado para que él conozca, hasta en los más pequeños detalles, lo que la murmuración, más tarde, vendrá a decirle en secreto.

La señora Soerby es tan noble como Svava. Si la segunda pide a su marido la pureza que él desea en ella, la primera exige, al mismo tiempo que concede, las explicaciones minuciosas de un pasado que muchos creen olvidado y que luego se levanta para venir a interrumpir los sueños de felicidad que son el tesoro de muchos hogares.

En la ruta polvorienta que — a través del desierto de la indiferencia moderna — nos lleva hacia las regiones de un bienestar social completo, tal vez encontraremos pronto la tienda de la señora Soerby en la cual, al mismo tiempo que reposo, se nos dará ánimo para que, al amanecer del día siguiente, continuemos hacia el palacio encantado de Svava.

Nora.

(*Casa de muñecas.*)

Para nosotros, Nora es una excepción demasiado extraña. Aquella mujer valiente que abandona a su marido al convencerse de que es incapaz de apreciarla en su verdadero valor, debe parecernos una individualidad rara, rarísima.

Estamos acostumbrados a ver en la mujer la sumisión incondicional a los caprichos masculinos y es debido a esto que desconocemos a la gentil noruega.

Aquella Nora que, después de muchos años de vida pasiva, sabe levantar su frente y ver con altivez las contrariedades de la existencia, tiene que ser, para nosotros, una verdadera alma femenina del setentrión.

Las frías mujeres del Norte no tienen sentimientos : eso decimos para disculpar nuestra inca-

pacidad de obrar conforme a las nobles ideas que anidan en las mentes ansiosas de libertad.

El sentimiento es una palabra con la cual se ha querido siempre poner un broche a toda discusión.

¿Qué es el sentimiento sin la idea?

No es cierto que haya un antagonismo grande entre el sentir y el pensar. Si existe es porque nosotros así lo hemos querido, al desear la imposición de una unidad moral completamente reñida con las ideas y con los sentimientos.

Las mujeres del Norte no son frías é incapaces de sentir: ellas piensan, sienten y obran conforme a la grandiosa concepción que se han hecho del mundo y de todo lo que en él vegeta.

Nora no debe sernos algo desconocido.

¿Qué cosa es en su casa? En los primeros años fué la muñeca con la cual jugueteaban sus parientes: ella era la distracción de todos; en su cabecita nunca tuvieron sitio las confidencias paternales sobre asuntos serios. Su anciano padre la trataba con la delicadeza con que una niña cuidadosa trata a su muñeca de porcelana.

En los ocho años que lleva de matrimonio con Torvaldo Helmer, ha sentido siempre, a su alrededor el mismo ambiente de adoración; era el encanto de la casa al cual no se reconocía capacidad alguna para los asuntos que requieren estudio y observación. Ha sido también una muñeca en casa de su esposo, ¡quien llegó hasta prohibirle el que comiera confites porque se gastaban sus dientecitos!

La pobre muñeca tiene un corazón lleno de nobleza que nadie conoce; en ella alientan las ideas delicadas, los impulsos generosos que, una vez, se manifestaron con todo su encanto cuando, para salvar la salud de su marido, contrajo una deuda considerable.

Guardó el secreto, su marido no debía saber que aquella mujercita adorable, al considerar la enfermedad mortal que lo aquejaba, no había dudado en echarse sobre los hombros la carga fatigosa de una obligación pecuniaria.

Nora, para pagar los intereses trimestrales, economizaba demasiado en lo que se refería a su persona. El dinero que Helmer le daba para sus niños era un depósito sagrado al que nunca se atrevió a tocar.

A pesar de que le agradaba adornar su cuerpecito elegante, siempre compraba, para ella, las telas más sencillas y, en invierno, en vez de descansar, dedicaba las largas noches frías a la copia de documentos con lo que se ayudaba para el pago trimestral.

Aquel secreto era su alegría, su orgullo. Su deseo generoso era que Helmer no supiera nunca que a un sacrificio de su esposa debía la vida.

Y sin embargo, las oscuras dificultades de la existencia la delataron : todo lo supo Helmer, todo.

Y en vez de echarse en brazos de su esposa querida, aquel hombre, no pudiendo avalorar los

méritos de una mujer como la suya, le echó en cara la mentira, la deshonra; le habló de hipocresía, peor aún, de culpabilidad.

La apartó de su lado como si le causara repugnancia su esposa cuya conducta presentía, dada la ligereza de los principios en que había sido educada.

Le prohibió — en un momento de irreflexión — continuar educando a sus hijos. Una mujer que tiene la conciencia de su culpa, debe mentir, disimular a todas horas. Sus hijos crecerán en una atmósfera de vergüenza respirando malos gérmenes. Le recordó que todos los depravados precoces tuvieron madres mentirosas que envenenaron la vida de sus hijos con su ejemplo de engaño y simulación.

Y en seguida, cuando vió el peligro conjurado, cuando comprendió que su honor estaba a salvo, quiso perdonar, empezando por comprender los sufrimientos que había pasado Nora desde el instante en que su acreedor la amenazó con acusarla a Helmer.

Se inclinó a la clemencia, la acarició con su voz que se hacía cada vez más protectora.

Nora — mientras ocultaba aquel secreto — sonreía al pensar en la sorpresa de su marido quien le agradecería todas las privaciones de tres años; cuando vió que el prodigio esperado no se realizaba, comprendió que no era Helmer el hombre digno de su amor, pues — al verla en peligro por

haber falsificado la firma del padre moribundo — no supo adelantarse diciendo :

— Soy yo el culpable; ella, mi Nora adorada, es inocente.

En ese momento de desilusión, Nora se irguió altiva preguntando :

— ¿No tiene una mujer el derecho de ahorrar a su padre enfermo inquietudes y angustias? ¿No tiene el derecho de salvar la vida de su marido?

En cuanto a la cultura de sus hijos, ella no podrá hacerlo : esa ha sido siempre una empresa superior a sus fuerzas.

Existe para ella otra cosa a la cual deberá dedicarse : la elevación de sí misma.

Quiere darse cuenta de ella y de todo lo que la rodea, y para eso necesita estar sola.

Quiere adquirir experiencia del mundo; quiere asegurarse de qué lado está la razón, si la tiene la sociedad que preconiza las injusticias o ella que desea librarse del yugo de las convenciones.

Y deja su hogar.

Al decidirse a abandonarlo todo para ir en busca de la verdad, Nora personifica todo un grupo de mujeres que, en Europa y en América, comprendiendo las injusticias de su suerte, rompen las conveniencias que las atan con guirnaldas de flores y proclaman en voz alta sus aspiraciones y el derecho que tienen a verlas satisfechas.

Ellida.

(*La dama del mar.*)

Ellida, mucho tiempo antes de su matrimonio con Wangel, había prometido ser la esposa de un marino, personaje simbólico que representa lo desconocido, el ideal.

A la influencia que sobre muchos cerebros ejerce la tentación del misterio, obedece Ellida cuando, al ver el fjord vecino a su casa dice con tristeza : el agua está enferma y cuando da al pintor Ballested la idea de hacer un cuadro en el cual se vea, sobre un arrecife, una sirena que muere porque se ha perdido y no encuentra el camino del mar.

Al volver el marino que quiere obtener de Ellida el cumplimiento de su promesa, ella siente miedo, mucho miedo y pide consejos a Wangel, quien la dice, comprendiendo las aspiraciones de su compañera :

—Escoge la ruta, eres libre, completamente libre.

Y ella, apreciando la nobleza de carácter que adorna a su esposo, le contesta :

— Estoy contigo, a tu lado, siempre a tu lado; soy responsable de lo que hago.

Ibsen, al presentar a Ellida, tal vez ha pensado en las mujeres modernas que hoy promueven agitaciones en todas partes para alcanzar la liberación de su sexo.

Sus ansias — como todas las ansias humanas — no son otra cosa que efectos de la tentación misteriosa que lo desconocido ejerce sobre ella; así como Ellida, al obtener su libertad, en vez de alejarse del hogar en busca de aventuras, se arroja en brazos de su esposo, segura de la responsabilidad de sus acciones; así ellas, al verse completamente emancipadas, cuando no sientan pesar sobre sus hombros las leyes odiosas que hoy las agobian, en vez de escandalizar el mundo con sus acciones probarán, al contrario, que pueden seguir el camino del bien, aun cuando lo hayan elegido voluntariamente como seres responsables de sus actos.

De esa manera, Ibsen aconseja la liberación de la mujer, haciendo presente a los hombres que en ello no existe peligro alguno para el adelanto de la humanidad, sino que será un nuevo viento favorable que hinchará las velas de nuestro barco, impulsándolo hacia el puerto de la dicha y del progreso.

LA PRIMERA SONRISA

A Roberto Brenes Mesen.

I

Era una hermosa habitación; bañándolo todo en una onda luminosa, los rayos del sol entraban en ella por dos ventanas abiertas sobre un jardín. Tapizado de amarillo oscuro; adornado con jarrones en que lucían sus colores las rosas y los claveles, las violetas y los pensamientos, parecía muy alegre el dormitorio de Cordelia.

Tenía pocos muebles: hacia el fondo, oculto por un blanco cortinaje se adivinaba un lecho colocado trasversalmente; a la derecha una cómoda de caoba con incrustaciones de guayabo, sobre la que descansaba un pequeño armario que servía de biblioteca; una consola de mármol con su correspondiente jarrón de porcelana y su hermosa jofaina, ambos envueltos por sobrerelieves que, en forma

de guirnaldas de flores y de frutas circundaban un cuadro encantador dibujado en la porcelana : el Amor huyendo de una Venus Afrodita ; a la izquierda, varias sillas distribuídas aquí y allá y un tocador pequeño en cuyo espejo de una luna soberbia se habían posado muchas partículas de polvos de arroz, y sobre el tocador, colgando de la cornisa, un espejo de cuerpo entero que se abría en el muro como retazo de un lago argentado.

De pie ante él, una señorita como de veinte años, levantaba los brazos con un gracioso movimiento de coquetería, colocaba las manos en las caderas, se volvía de perfil y acariciaba, con sus miradas, la ondulación adorable en los contornos y la curvatura de las líneas de su cuerpo que se reflejaba en la superficie del cristal.

Plegaba aquí una de las cintas rosadas que llamaban la atención en su vestido color malva ; arreglaba allá un encaje que resaltaba en el fondo rosa del adorno del pecho ; movía las faldas para deshacer las arrugas y para ver cómo caían los pliegues en el suelo ; contemplaba luego su rostro ovalado, sus ojos oscuros, su barba salida y después, con un ligero movimiento, se volvía para fijarse en su espalda modelada.

Estaba harto distraída cuando otra señorita entró en el dormitorio. Ambas amigas se abrazaron besándose dos veces en las mejillas y luego la recién llegada dijo sonriendo :

— ¡Si estás muy guapa, Cordelia. ¡Cómo se nota que deseas agradar más a tu novio!

Con una sonrisa encantadora Cordelia afirmó aquella frase de Susana; en seguida, sacando de la cómoda uno de sus sombreros, lo colocó sobre sus cabellos castaños arreglados con gracia por encima de su frente blanca y espaciosa.

Susana, antes de salir, hizo frente al espejo, una revista de sus encantos y se limpió con un pañuelo alilado el borde de los ojos y el arranque de las orejas en donde los polvos de arroz se habían acumulado.

En seguida salieron a la calle, ya muy concurrida; iban hablando de generalidades; aquí y allá eran saludadas por jóvenes amigos que, en las esquinas, esperaban a sus novias; y, en cada bocacalle se veían obligadas a detenerse mientras pasaban algunos carruajes arrastrados por caballos raquíticos.

Llegaron al Parque Central donde, por ser domingo, se efectuaba la parada militar. Mientras sus oídos se sentían acariciados por piezas de una antigüedad incontestable, las dos señoritas tomaron asiento en un escaño, poniendo atención a tres niñitos que jugaban alegres, viendo cómo variaban las sombras que los rayos del sol, descolgándose de los higuerones, se entretenían en dibujar en el suelo.

Susana vió a su novio sentado en otro de los escaños en compañía de varios amigos; se rubo-

rizó para contestar al saludo que, de lejos, le hicieron, y, por asociación de ideas, preguntó :

— ¿Es cierto lo que dicen, Cordelia, que dentro de poco tiempo te casas con Eugenio? En todas las reuniones a que he asistido siempre he oído hablar de tu posible matrimonio.

— Tal vez así suceda — contestó Cordelia ruborizándose. — Hace bastante tiempo me corteja Eugenio que es un buen muchacho y en cuya compañía me parece que no tendré nada que envidiar.

— Me extraña que digas eso. Eugenio no podrá hacerte feliz nunca. Con esas ideas tan raras, con esa incredulidad tan manifiesta me parece que siempre tendréis disgustos.

— No es cierto eso, Susana. Las cuestiones religiosas las dejaremos tranquilas. En mi hogar, si llego a formarlo con Eugenio, reinará la tolerancia : él, con la incredulidad que se le atribuye; yo, con mi escasa devoción y, nosotros dos, con la religión del amor y del deber. No será por ningún motivo, esa cuestión la que entibie nuestras relaciones ni la que me arranque de su lado cuando seamos esposos.

— ¿Pero no sabes, Cordelia, que su corazón muerto para el amor a un Dios omnipotente no podrá latir por el amor a un ser terrenal?

— ¿Sabes que me haces reir con esas argumentaciones? ¿Esa frase del Dios omnipotente y del ser terrenal de donde la has tomado?

— Se la oí pronunciar a mi tío, el padre Mercedes, refiriéndose precisamente a tu prometido.

— Ya..... ya..... comprendo tu enojo con Eugenio..... Como él criticó las pretensiones de orador sagrado que tiene tu tío.....! — contestó Cordelia sonriéndose graciosamente.

— Eso por una parte y por otra el que lance sin temor alguno sus críticas contra nuestras prácticas que se atreve a llamar mascaradas religiosas.

— Sin embargo, Susana, esos no son motivos para odiar a una persona con quien el cultivo de relaciones es un honor en vez de ser un desprestigio.

— Ya lo sé. Que tiene talento, que es muy amable, no lo niego. Lo único que digo es que un incrédulo no puede amar a nadie. El que no cree en nada no puede sentir la poesía de los grandes amores.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Que Eugenio porque no ve en el cielo ningún ser misericordioso, porque no cree en nada, no ama a nadie? ¿No puede haber sido un buen hijo, no podrá ser un esposo modelo? Bien se conoce que no sabes lo que se cuenta del amor filial de mi prometido.

Y con una voz pausada le refirió lo que constituía un timbre de orgullo para Eugenio.

II

El padre de Eugenio, había sido un comerciante bastante acomodado que se dedicaba con mucha actividad a las transacciones mercantiles. Hacía viajes continuos a todos los pueblos de la República en los cuales ejercía su comercio al por menor con pequeñas sucursales de su gran almacén situado en la capital. A veces llegaba a los límites con Colombia en donde compraba cerdos que luego vendía muy bien en las ciudades costarricenses.

De vuelta de una de estas visitas al istmo se sintió muy abatido, con tendencias continuas al sueño ; su estómago no funcionaba bien y, de vez en cuando, sufría vértigos. En todo su cuerpo sentía una picazón terrible, poco después aparecieron en él manchas encarnadas desprovistas de

sensibilidad; su cara tomaba un color azulado; el cutis engrosaba y se hinchaba; en fin, se consideró como una nueva víctima de là lepra por el contacto con varias mujeres de las regiones que en sus viajes visitaba.

Comprendiendo su situación, decidió aislarse para impedir el contagio.

Eugenio no quiso separarse de su padre, lo acompañó en su retiro cuidándolo con un amor filial extraordinario.

Aislados ambos en una finca de su propiedad al norte de la República, el joven ejercía de enfermero con una solicitud incomparable. Obedeciendo a las observaciones de varios médicos amigos, todos los días se desinfectaba cuidadosamente, tratando de evitar así el contagio de tan terrible enfermedad.

El leproso presentaba un aspecto digno de compasión; el rostro estaba completamente cambiado: su nariz, antes tan perfilada, era ancha y achatada ahora; los pómulos salientes y en forma de pezón, los labios violáceos y llenos de tubérculos; las orejas eran enormes; los párpados estaban hinchados; los ojos, antes tan brillantes, ahora se veían húmedos y hundidos. Las cejas, el bigote y la barba habían caído dejando el lugar a tubérculos que, después con todos los del cuerpo, se abrieron formando úlceras.

Eugenio estaba al lado de su padre, atento siempre a todos sus deseos. Le mortificaba oirle

hablar porque pedía todo con una voz ronca y detenida por la respiración dificultosa que se hacía sibilante.

Cuando en el cuerpo de don Fernando — así se llamaba el enfermo — aparecieron las úlceras, el infeliz Eugenio se sintió desfallecer. Le martirizaba ver aquellos miembros adorados cubrirse de úlceras profundas, de fondo gris y con labios callosos que continuamente arrojaban un líquido espeso, cremoso, con manchas sanguinolentas que, al contacto del aire, despedía un olor fétido. Le repugnaba esta constante supuración y, para evitar que se secara y formara costras moreno-verdosas en los bordes de las úlceras, el joven limpiaba con amor toda aquella piel endurecida y apergaminada que presentaba el aspecto de una cicatriz enorme, lustrosa como untada de aceite.

La desesperación de aquellos dos solitarios llegó al colmo cuando vieron cubrirse las manos y los pies del enfermo de úlceras lineales que determinaron, poco tiempo después, la caída de las falanges y la completa mutilación de los dedos.

La enfermedad había hecho de aquel anciano un ser inaguantable que descargaba sus cóleras sobre el hijo, quien callaba siempre, resignado ante este nuevo martirio que le imponía la irritabilidad nerviosa de su padre adorado.

La muerte llegó mucho tiempo después, no encontrando sino un cuerpo débil, arrugado, lleno de ulceraciones que fluían diariamente; con las

mejillas hundidas, con los párpados caídos y el labio inferior colgante.

Al morir don Fernando, Eugenio apenas contaba veinticinco años.

Este rasgo de un hijo que no vaciló en sacrificar su porvenir ante el ara santa del amor paternal fué muy comentado por los médicos. Se habló del posible contagio; se estudió el caso, y uno de los doctores, el más entusiasmado con la conducta de Eugenio, dictaminó que el organismo del joven no estaba en buenas disposiciones para adquirir aquella enfermedad aun después de haberse hallado expuesto a las múltiples influencias que engendra esa miseria fisiológica. Se le sometió a un severo régimen de desinfección que Eugenio constituyó luego en una costumbre higiénica.

Aquel sacrificio hizo mucho efecto en Cordelia, cuyas simpatías por Eugenio fueron en aumento hasta llegarse a hablar del próximo enlace entre los dos jóvenes.

III

La relación de Cordelia había mantenido a su amiga en una atención completa. Al terminar aquella se quedaron ambas pensativas y luego Susana cortó el silencio diciendo:

— Tienes razón, Cordelia. Yo estaba muy equivocada; me habían dicho que un incrédulo era un hombre privado de sentimientos; pero tú me has probado lo contrario. Es de admirar la conducta de tu prometido; sin embargo... ahora que recuerdo.., otra cosa me disgusta en Eugenio y es esa costumbre de criticarlo todo en sus artículos, haciendo del escritor un personaje molesto que mira en todas partes lo malo; que cree que en nosotras hay ocultas siempre muchas picardías y que hace públicas sus creencias exagerando todo, dando lugar a que los lectores se bur-

len de aquellos a quienes critica. Eso es muy mal hecho.

— Sin embargo, Susana, esas críticas son necesarias, tienen mucho efecto; a nadie se dirigen en particular y cada uno se cree señalado con el dedo del articulista y trata de corregir sus defectos.

— ¡Ah!... así es que porque yo digo... — suspendiendo la frase continuo en seguida — pero callemos, aquí viene Eugenio y no me conviene que sepa lo que te refiero.

En efecto, dos jóvenes se dirigían hacia ellas: el de adelante, Eugenio, enteramente vestido de negro, sonreía al acercarse; el de atrás, el pretendiente de Susana, ostentando su traje a la moda, hacia girar, entre los dedos de su mano izquierda, una caña delgada que el servía de bastón.

Ambos saludaron a las señoritas y después cada uno tomo asiento al lado de su prometida, formando así dos parejas que entablaron conversación sobre muchas cosas interesantes sólo para los interlocutores.

Cuando el reloj de la Catedral dió las diez, se levantaron los cuatro jóvenes, siguieron juntos hasta la casa de Susana en donde esta y su novio se despidieron.

Eugenio acompañó a Cordelia hasta la puerta de la casa en que ella habitaba, donde se despidió prometiéndole que volvería en la noche.

Se dirigió hacia el este de la ciudad a la hermosa

residencia que un tío suyo poseía por aquel lado.

Iba pensando en su próximo matrimonio cuando tuvo un encuentro desagradable que despertó, en él, al articulista satírico.

IV

En medio de un círculo de curiosos de ambos sexos y de varias clases sociales, estaba una mujer flacucha y anémica, con los ojos desmesuradamente abiertos, con la pupila dilatada y con la frente y las cejas contraídas. Después de dar un grito desgarrador, estiró los brazos con los puños retorcidos y luego, dejándolos colgar rígidos a lo largo del cuerpo, cayó pesadamente al suelo donde continuó retorciéndose, encorvándose; al fin terminó el ataque con un desfallecimiento total, quedando el cuerpo tendido en la acera con una espuma azulada en los labios.

De los que estaban contemplándola ninguno se atrevió a sujetarla, le tenían asco y nadie hizo por evitar que se golpeara en el granito de la acera. Les dominaba la curiosidad y algunos sonreían al

ver que, en las convulsiones, la pobre enferma dejaba descubiertas unas piernas secas y arrugadas.

Eugenio, al ver aquella escena, se prometió criticar en un artículo la caridad presuntuosa, que sólo hace sus efectos en veladas en el Teatro Nacional y nunca en la callada soledad de las casas particulares en donde las buenas acciones no pueden ser comentadas y trompeteadas por los periódicos.

Este encuentro, además, despertó en Eugenio muchos presentimientos dolorosos. Comprendió cuán pesada era la cruz que llevaba aquella desgraciada: una enfermedad terrible llamada a provocar espectáculos en todas las esquinas, en todas las calles, en todas las partes por donde pasara.

El sufrimiento de aquella mujer lo hizo pensar en el calvario que él mismo debía recorrer.

La lepra con su fétido aliento, con sus úlceras purulentas, con su piel acicatrizada, hería de muerte las ansias de felicidad de aquel joven cerebro.

V

Luego, caminando lentamente, sin hacer caso de quienes iban y venían; contestando con indiferencia a aquellos amigos que, al pasar, lo saludaban, continuó reflexionando.

La enfermedad de su padre se asoció a la idea de su matrimonio.

Si momentos antes, al lado de Cordelia había considerado su enlace como la más bella de las esperanzas que acariciaba, ahora veía en él la negación de toda felicidad en el porvenir.

— Cordelia me ama; yo la adoro; somos jóvenes. ¡Qué hogar tan bello el que formaremos!... Sin embargo, soy tan débil y tan cobarde que tengo miedo, no sé qué funestos pensamientos oscurecen mi mente al despertarse en ella las ilusiones que se levantan ante la idea de mi matrimonio.

¿Por qué me caso con esa señorita que tal vez podría ser dichosa al lado de otro hombre? ¿Podré retirar mi palabra y dejar en el goce de su libertad a mi prometida? Por desgracia no puedo... es demasiado tarde para dar un paso atrás: no me siento con fuerzas para hacer morir, en un momento, las ilusiones que yo mismo hice nacer con mi imprudencia. Y también me obligan las circunstancias, la sociedad me ha hecho contraer un compromiso y debo respetar ese cúmulo de espectadores ávidos de bodas y de fiestas...

Me siento tentado a decir que ya no amo a Cordelia, a romper con ella, ahogar, en fin, mis ilusiones, para evitar, de ese modo, que el porvenir se muestre conmigo tan cruel como el pasado...

Al pensar, esto un temblor nervioso agitó su cuerpo, se colorearon sus mejillas y en sus labios se delineó una sonrisa de profunda amargura.

Y resignado aunque temblando ante la mentira vergonzosa que a todas horas debía pregonar, simulando la dicha que no sentía, siguió hasta su casa, triste y dudando siempre.

VI

En la casa de Cordelia las piezas que servían de sala y antesala estaban adornadas lujosamente.

Por la cornisa corrían trenzas de flores, de las cuales, de trecho en trecho, se desprendían los rosados reflejos de las lámparas eléctricas rodeadas de sombras en forma de azucenas.

Descolgándose de las galerías se veían cortinas color crema que, al bajar, se desplegaban sosteniéndose en las jambas como con miedo de caer; torcían a ambos lados para reposar en los alzapaños plateados y de ahí saltaban ligeras al piso encerado de la habitación, ciñendo el pie de unas macetas de porcelana en las que crecían hermosas pacayas.

En el centro del plafón de cada una de las habitaciones se abrían ramilletes de lirios y

magnolias que circundaban un par de lámparas eléctricas cuyos rayos caían en todas direcciones atisbando los brazos desnudos y los pechos escotados de las señoras y señoritas que había en los salones.

Cuando los clarines de los cuarteles y las campanas de las iglesias de la ciudad anunciaron las ocho de la noche, por una de las puertas laterales entraron a la sala Cordelia, del brazo de su anciano padre, y Eugenio, dando el suyo a una tía de su prometida. Detrás de las dos parejas venían los otros miembros de ambas familias y los invitados.

En el centro de la sala, bajo los ramilletes de lirios y magnolias suspendidos del plafón, en medio de un círculo formado por los concurrentes, se colocaron los dos jóvenes y pusieron atención a los consejos que el sacerdote les daba antes de bendecir su enlace.

Cordelia estaba bellísima con su hermoso vestido de seda adamascado de color blanco, con su velo de punto que se desprendía de la diadema de azahares y bajaba replegándose hasta descansar en la cola del vestido que el hermanito menor de la novia sostenía respetuosamente. Estaba muy pálida y en sus ojos se podían notar huellas de las lágrimas derramadas un momento antes cuando la joven recibía las bendiciones paternales.

Al terminar el sacerdote sus consideraciones

acerca de la nueva vida que empezaban los contrayentes, mientras las señoritas acudían a besar las mejillas de la joven desposada y los jóvenes estrechaban la mano del novio, deseándoles eterna felicidad, la orquesta, situada en la antesala, preludió la encantadora romanza de la ópera Mignon :

¿Conoces tú el hermoso país donde florecen
naranjos siempre bellos, país donde parecen
las aves más ligeras, más placida la brisa,
y donde irradia espléndida, cual celestial sonrisa,
eterna primavera, bajo un azul sereno,
bajo un azul sin nubes, de encanto siempre lleno?...

por la cual Cordelia siempre había demostrado preferencia cantándola cuando llenaba sus obligaciones.

Luego, los invitados se dispersaron por las dos habitaciones destinadas al baile; hablaban de la emoción del novio, de la palidez de Cordelia y del temblor que se notó en la voz de ambos al contestar a las preguntas del sacerdote.

VII

Empezó el baile. Las parejas pasaban rápidamente dejando una estela de perfumes deliciosos; ahora, *Ylang-Ylang;* luego, *Violeta;* después, *Brisa de las Pampas;* en fin, una cantidad de esencias penetrantes que saturaban el ambiente de emanaciones voluptuosas.

Las cuadrillas, valses y mazurcas se sucedían con intervalos cortísimos; los enamorados bailaban juntos tres y cuatro piezas seguidas sin importarles nada las observaciones que de ellos se hacían; las parejas entablaban conversaciones frívolas en las que los jóvenes cruzaban con las señoritas las mismas frases huecas que cruzan en las esquinas con sus camaradas; mientras tanto algunos invitados que no danzaban por cualquier motivo, se divertían ridiculizando las formas

escasas de algunas señoritas o las de otras que llevaban sobre su cuerpo verdaderas maquinarias impidiendo de ese modo el desarrollo de las líneas puras y correctas. También hacían comentarios acerca de la manera de bailar de ciertas personas que olvidan los movimientos graciosos que son la belleza del baile y que, no sabiendo buscar las actitudes nobles que sostienen — en la danza — relaciones armoniosas entre las partes del cuerpo, constituyen el baile en una agitación desordenada por entero reñida con la cultura y con la decencia.

VIII

Después de varias piezas, las señoritas tomaron asiento y los sirvientes, vestidos con decencia, les ofrecieron helados, refrescos y tosteles que ellas aceptaron con una sonrisa encantadora al mismo tiempo que se hacían aire con los pañuelos perfumados tratando de refrescar sus mejillas encendidas.

Durante el descanso, varios jóvenes en la pieza interior destinada a la cantina se estrujaban con impaciencia : tal era la sofocación ocasionada por el baile y tal el afán que — a algunos — es lo único que lleva a esas fiestas.

En las puertas que daban a los salones de baile, otros invitados se habían agrupado para contemplar desde allí a sus adoradas que, de cuando en cuando, les sonreían con ternura. Entre

ellos, un joven a quien se atribuían todas las crónicas de los bailes anteriores, se daba importancia haciendo apuntes en un cuadernito rojo, anotando a las señoritas que — en el salón — desfilaban ante él con una coquetería adorable para tener el honor, al día siguiente, de leer en uno de los diarios sus nombres respectivos acompañados de los inevitables *bella, preciosa y encantadora* cuando no *divina y angelical.*

Por la costumbre que tienen los costarricenses de recibir con los brazos abiertos a todo el que venga del exterior, sin conocer sus antecedentes, había sido invitado un joven extranjero, recién llegado al país, quien preguntaba al cronista el nombre de las señoritas que no conocía.

Guturalizando las *erres*, lo que indicaba su origen francés, decía :

— ¿Quién es esta señorita vestida de amarillo-paja, que toma a cada instante actitudes diferentes entre las cuales me llama la atención la que le sirve para expresar el disgusto que le causa el encontrarse entre nosotros?

— Es la señorita *Humo*. ¿No la conocía usted? La llamamos así porque es una *muchacha* que, dándose cuenta del encanto que ejerce su hermosura, hace todo lo posible por llamar la atención de los jóvenes y principalmente de los extranjeros... y — queriendo disculparla añadió — no debemos quejarnos de esas coqueterías; nosotros mismos tenemos la culpa. Si una señorita tiene unos ojos

bonitos, unas mejillas sonrosadas, un cuerpo bien formado... nunca faltan indiscretos que, en vía de galanteo, se lo hagan saber a la jovencita y ella, entonces, se fija en las perfecciones que posee, desea ostentarlas y las ostenta; desea conservarlas y aun aumentarlas y, de allí, como consecuencia — agregó sonriendo el cronista — los polvos, la pintura y los postizos.

IX

La danza había comenzado otra vez. Ambos jóvenes continuaron en su sitio fijándose en los detalles : el cronista, para una novela que decía estaba escribiendo, y el francesito, para aumentar sus impresiones de viaje que publicaría más tarde y en las que se prometía comparar la vida social de todas las naciones americanas desde México y Guatemala hasta Chile y Argentina.

La conversación se reanudó debido al saludo que una amable señorita hizo al joven cronista. El extranjero iba a preguntar cuál era el nombre de aquella rubia que sonreía con tanta gracia cuando le dijo su compañero:

— Esta señorita es una de las pocas que cultivan las letras en Costa Rica. Sin embargo, nunca ha aparecido su nombre al pie de sus bien pensados artículos.

— ¿Tiene miedo a la opinión pública?

— Hay razón; entre nosotros se ve con antipatía, podría decir, a las señoritas que muestran predilección por las letras. Se las llama *bachilleras* pretenciosas, por lo cual ellas, poseyendo a veces el talento necesario, prefieren vivir calladas y ocultar los conocimientos que han adquirido. Yo, por mi parte, alabo a esas señoritas que comprenden su misión y que, al estudiar, hacen lo posible por ser útiles hoy, a sus compañeras y, más tarde, a sus hijos y a sus maridos.

— Reciba mis felicitaciones; no pertenece usted a esa multitud de jóvenes que no hacen otra cosa que rendir homenaje a la hermosura de las mujeres sin saber apreciar las condiciones de talento que muchas de ellas poseen y...

— Precisamente — interrumpió el cronista — de ese modo las obligan a ser superficiales. Y luego en los periódicos, en las críticas sociales, nos quejamos de la coquetería de las mujeres sin acordarnos de buscar un medio de prepararlas, por una educación mejor, para otras ocupaciones que las ennoblezcan.

— ¿Será por eso, amigo, — replicó el francesito — que las conversaciones que he tenido el honor de escuchar tanto en este salón como en otros muchos, se limitan a las modas, a los bailes, a las recientes conquistas, a los últimos disgustos, a la gallardía de los actores de una compañía extranjera..... en fin, a frivolidades?

— Sí, señor; y a eso se deben también los frecuentes matrimonios de conveniencia que entre nosotros se efectúan. Los padres prefieren adornar a sus hijas antes que darles la educación necesaria; las exhiben como mercaderías, constituyendo así el matrimonio en un sistema de enriquecimiento y haciendo creer a sus hijas, de este modo, que el cálculo y el mercantilismo son las bases de la felicidad humana. A propósito... ¿ve usted esas señoritas que, fatigadas por el baile, reposan en ese sofá de la derecha?

— Sí, las veo; están muy bien vestidas. ¿Cómo se llaman? ¿A qué familia pertenecen?

— Pertenecen a una familia que hace mucho gastos, de los cuales, naturalmente, tiene conocimiento todo el mundo: el presupuesto para vestidos, perfumes, abonos de teatro y todo aquello que pueda darles un aire de distinción ante sus relacionados, aumenta mientras disminuye proporcionalmente el de las prendas interiores de las personas y de las habitaciones y aun el de la alimentación.

— ¿Pretenden de ese modo pertenecer a la clase privilegiada josefina? — se atrevió a preguntar el extranjero, quien, al oir una respuesta afirmativa, trajo a su memoria uno de los más hermosos pensamientos que había encontrado en sus lecturas: — « No están lejos los malos días cuando, en una nación, llega a ser la riqueza la única señal del rango social. »

El número de danzantes iba disminuyendo conforme avanzaba la noche. De cuando en cuando grupos de invitados se retiraban satisfechos después de saludar a los jóvenes esposos, quienes permanecían sentados uno al lado del otro en un sofá forrado, como todos los asientos del salón, con terciopelo carmesí.

Un niñito llegó corriendo y abrazando la cintura del cronista le dijo con voz vibrante :

— ¿Nos vamos?

El joven acarició al niño, se despidió del francesito y luego de Eugenio y Cordelia.

El extranjero imitó a su compañero, saludó con cortesía a los dueños de casa y salió pensando en aquel niñito que — como un igual — se codeaba con los hombres, yendo a bailes y otras reuniones en donde veía muchas cosas que le explicaban del todo las frases maliciosas que había escuchado de sus compañeros.

. . . . . .

. . . . . .

Una hora después la Felicidad y el Amor derramaban, pródigos, el tesoro de sus ánforas sobre aquella pareja encantadora.

X

Dirigiéndose a la ciudad de Esparta en donde colgarían el nido de sus cariños y ternezas, llevando al paso sus dos caballos y trayendo a la memoria las dulces emociones de su vida de novios, Cordelia y Eugenio seguían las ondulaciones del camino que subía penosamente por las faldas del Monte del Aguacate.

Cuando llegaron a lo alto, desmontaron para respirar mejor aquel aire puro y para contemplar el hermoso paisaje que a sus ojos se presentaba.

Hacia el frente, divisaban una franja de plata teñida de rosa : era el mar lejano que parecía sentado entre las nubes azuladas y el verde oscuro de la vegetación.

Y del otro lado, un mar de esmeralda se exten-

día ante sus ojos : la región cultivada del valle central se les presentaba unida, inmensa.

Rebosando felicidad Cordelia rodeó con sus brazos el cuello de Eugenio y dándole un beso ardiente le preguntó :

— ¿Te acuerdas, Eugenio, de aquella noche en que te despedías de mí para acompañar a tu padre enfermo? Recuerdas que me dijiste que en lo alto de este monte, al mirar la ciudad de San José perdida entre el verde de la vegetación, enviarías muchos suspiros para mí....., para mí sola?

— Sí, recuerdo — contestó Eugenio distraído.

— ¿Y cumpliste con tu promesa? — volvió a preguntar la bella Cordelia.

— Sí, Cordelia, en este sitio lloré mucho, muchísimo.....

— ¡Oh! tú has sido siempre muy amable..... por eso es que te amo tanto..... — y besó repetidas veces los sonrosados labios del joven escritor.

Eugenio se dejaba acariciar sin corresponder — con el mismo frenesí — a aquellas demostraciones del amor de su esposa.

Se desprendió de sus brazos, se sentó sobre el césped que crecía a los lados del camino y se puso a meditar. Las palabras de su compañera despertaron en él muchos recuerdos dolorosos y la misma lucha que en su cerebro se había entablado cuando, un domingo, pensó en su matrimonio con Cordelia, se apoderó en ese momento del infeliz.

La señora que no sabía nada y que se explicaba

aquella meditación con el recuerdo del padre difunto, lloró también y así, tristes y callados continuaron su camino, llegando a la antigua ciudad de Esparta cuando el cuerno de oro de la luna empezaba a rasgar el manto negro con que la noche había cubierto el firmamento.

XI

La luna de miel transcurría trayendo con cada una de sus semanas una nueva dulzura para Cordelia y para Eugenio.

Al reposo de que gozaban en una casita de los alrededores de Esparta, se unían las fatigas de las excursiones.

Entre estas les dejó honda impresión un paseo que hicieron, en bote, por el estero que forma el río de la Barranca al confundir sus aguas con las del Océano Pacífico.

El bote en que iban los dos jóvenes rompía el agua que daba reflejos verdosos bajo la sombra de la pequeña embarcación; Eugenio remaba con destreza y, bajando el río, después de un pequeño recodo, se presentó a su vista el azul puro del mar confundiéndose con el azul pálido del cielo

en el horizonte, desde donde una traza de luz se deslizaba por encima de la inquieta superficie; la tarde se envolvía en una gasa de color violeta y allá, en lontananza, se dormían los contornos de las islas del Golfo de Nicoya.

Más cerca, en el sitio en que batallan el río y el océano antes de darse el abrazo de reconciliación, las olas rompían con fuerza y se orlaban de espumas formando, en la barra, una guirnalda encantadora de un blanco inmaculado sobre el azul sombrío del mar.

El viento acariciaba con dulzura a los dos paseantes, tratando varias veces de arrebatar el sombrero de paja adornado con una cinta oscura que llevaba Cordelia. Ambos esposos respiraban con delicia el aire cargado de emanaciones salinas. Después de fijarse en los alrededores, Cordelia llamó la atención de su esposo hacia la ribera derecha diciendole :

— ¡Mira, Eugenio, qué vista tan preciosa! En esta orilla, fíjate : el agua es tan transparente que se ven con toda claridad los contornos de los árboles que alargan su sombra para contemplarse en ese espejo admirable.

El cuadro hacia el cual los dos esposos dirigían su mirada era bellísimo ; las imágenes de los arbustos de la ribera estaban tan claramente delineadas en la superficie del agua tranquila, que Eugenio exclamó :

— ¡Cordelia, que bello paisaje! Escucha, cuando

lleguemos a nuestra casita, trata de evocar con tu pincel ese conjunto encantador, y yo te ayudaré en lo posible haciendo la descripcion literaria... ¿quieres?

La joven señora después de hacer algunas observaciones acerca de lo difícil que era aquel trabajo terminó ofreciéndole satisfacer sus deseos en lo que sus fuerzas se lo permitieran.

Eugenio, remando con fuerza, hizo que la pequeña embarcación se acercara a la orilla izquierda de la desembocadura desde donde pudieron ver, allá a lo lejos, el muelle de Puntarenas adelantándose en el mar para recibir las caricias de las olas juguetonas y, cerca de él, los barcos inmóviles en los que empezaban a titilar las lucecillas del servicio.

Continuaron paseando por el ancho estero hasta que del cielo empezó a bajar la dulce claridad que enviaba indolente el disco plateado de una luna hermosísima.

XII

Entre las numerosas escenas que dejaron recuerdos agradables en los jóvenes, ninguna les llamó tanto la atención como las de los bailes populares efectuados en Puntarenas la noche del quince de Setiembre con motivo de la fiesta nacional.

En el puerto, Eugenio pudo observar muchas costumbres desconocidas en el interior de la República; conoció también que la expresión de los sentimientos de aquel pueblo amable y complaciente no obedece en nada a las exigencias sociales: ni a la cortesía comprometedora, ni a la etiqueta fastidiosa.

En su cuaderno de apuntes anotó con satisfacción que no conocía en Costa Rica una gente tan hospitalaria como aquella, y que en tres días

de regocijos populares, no había observado esa tendencia a la discordia y al escándalo de que hacen gala los habitantes del interior.

Acompañados por dos simpáticas morenas, hijas del ardiente sol porteño, que habían sido condiscípulas de Cordelia, los jóvenes esposos asistieron al *baile del tamborito*, que constituye uno de los cuadros más originales en las costumbres de los costarricenses y es, para los que se dedican al estudio de la música y del baile, una representación de los primeros adelantos alcanzados por el hombre en esas artes.

Bajo un cobertizo rústico y en un entarimado bastante espacioso, se reunían personas de ambos sexos que conversaban con animación mientras la orquesta se preparaba para dirigir la danza con los sonidos evocados en sus instrumentos.

Al empezar la música, las miradas de los presentes se dirigieron hacia el grupo que en un rincón formaban los cuatro ejecutantes. En medio de estos, un campesino muy serio, que llevaba el cuello protegido por una toalla, sostenía un viejo violín con el brazo izquierdo extendido hacia adelante, mientras que su derecha arrancaba con el arco unas cuantas armonaís de las cuatro cuerdas del instrumento.

A un lado, apoyando uno de sus pies en el banco que ocupaban sus compañeros, otro campesino de semblante muy alegre frotaba con rapidez la *guaracha* : dos pedazos de palmera labrados

que, al pasar uno sobre otro, producían un sonido que aumentaba en intensidad cada vez que el violín lanzaba una nota aguda.

El tercer ejecutante apoyaba la rodilla izquierda sobre un tambor ordinario que estaba colocado en el piso de madera. Con dos bolillos cortos hacía redobles continuos que correspondían a las voces bajas del violín.

El último músico se mantenía de pie sacudiendo entre sus brazos con violencia la *zambumbia :* un pedazo de árbol, cilíndrico, hueco, arrojado por el mar y lleno de granos de maíz, que, al ser sacudido, originaban un ruido invariable y fastidioso.

En aquella música no podían existir, como es de suponerse, las disonancias y los choques que engendran las melodías, puesto que los rústicos instrumentos no hacían otra cosa que, repetir compases iguales sirviendo únicamente para marcar el ritmo a los danzantes.

Cuando empezó la música, los espectadores se hicieron hacia los extremos dejando espacio suficiente para los bailarines que se dispusieron en parejas.

El baile suelto constituye para el pueblo costarricense — con especialidad para los habitantes de la comarca de Puntarenas y de la provincia de Guanacaste — el mejor modo de divertirse.

Dejando a un lado el abrazo estrecho que caracteriza la danza de salón, el baile suelto recuerda el amor sexual con sus luchas y sus victorias. Pri-

meramente el hombre, para llamar la atención de su compañera, improvisa los gestos y actitudes que le parecen más apropiados a la posición que la mujer toma al seguir el compás de la música. Esos gestos y actitudes resultan muchas veces graciosos; parece entonces que la compañera se rinde a los atractivos desplegados en el baile por su pareja: poco a poco, obedeciendo ella a la seducción ejercida por los movimientos del hombre, ambos se van acercando y al fin, con las caderas enteramente juntas se efectúa la transición encantadora entre la vivacidad de los gestos y la lentitud de un balanceo sensual muy malicioso que dura breves momentos.

Ese balanceo despierta, en los danzantes y en los espectadores, asociaciones de ideas, ya de tranquilidad y de placeres, ya de trabajo y de excitaciones. Por último, en un arranque inesperado, las parejas dan la vuelta, se separan y empiezan de nuevo la figura.

Durante mucho rato permanecieron los cuatro jóvenes mirando las diversas posiciones que adoptaban los danzantes; observaron con atención los instrumentos que componían aquella orquesta original, y muy tarde de la noche abandonaron aquel sitio en donde un pueblo pacífico se reunía para celebrar, bailando, el aniversario de la independencia de su patria.

Al día siguiente fueron llamados los dos jóvenes a una casa del vecindario donde un *marimbero*

recién llegado de Bagaces, iba a tocar algunas piezas de su repertorio en honor de aquellos simpáticos josefinos.

En el patio de la casa, bajo un árbol de escaso ramaje, tomó asiento el joven bagaceño. La *marimba* que llevaba era pequeña, angosta, formada de calabazas huecas cuyas bocas estaban medio cerradas por reglas de madera de diferentes tamaños.

De la parte inferior de esas reglas salía un bejuco en forma de semicírculo sobre el cual debía sentarse el *marimbero* para sostener el instrumento en la debida posición. En cada una de sus manos llevaba dos bolillos de cabeza ancha con los cuales golpeaba las distintas reglas de la *marimba*, produciendo así sonidos que combinados con gusto se resolvían en los valses y las mazurcas de más aceptación en aquellas regiones.

El joven bagaceño tocaba con tanta destreza que muy pronto se colocó ante él una pareja que empezó a ejecutar el baile suelto que tanto les había llamado la atención a Cordelia y a Eugenio en la noche anterior. El muchacho levantaba los brazos y con su sombrero en la derecha hacía aire para refrescar el rostro de su compañera que graciosamente bailaba levantando de vez en cuando su delantal de una blancura extremada.

Eugenio contemplaba aquel cuadro con atención; aquella escena despertó en su cerebro muchas otras, entre ellas las relaciones encanta-

doras que le hacía su padre al volver de sus continuos viajes por aquellos lugares. Se acordó de la descripción detallada que una noche en que la luna resbalaba su disco brillante por la inmensa llanura del cielo, le había hecho, del baile de *marimba* su padre anciano. Se levantaron en su cerebro muchos recuerdos tristes y, cuando terminó de tocar el bagaceño, el joven suplicó a su esposa retirarse lo más pronto posible.

Desde aquel día se retrajo por completo en la casita solitaria que el matrimonio ocupaba en Esparta, sin querer efectuar más excursiones por los alrededores. Cordelia reclamaba a menudo el paseo ofrecido al presidio de San Lucas y la visita al pueblo de Miramar; Eugenio siempre contestaba con frases evasivas que extrañaron a la señora acostumbrada a encontrar en él un marido amable y complaciente.

XIII

Habiendo continuado durante varias semanas el retraimiento de Eugenio, ambos jóvenes resolvieron volver a la capital, en donde el padre de Cordelia había arreglado para la simpática pareja una casita pequeña cercana a la suya.

El cambio efectuado logró distraer un poco al joven, pues las continuas visitas que recibía le llamaban la atención hacia varios fenómenos sociales que siempre le habían interesado. Ayudado por su esposa observaba pequeños detalles que habían de servirle más tarde para sus artículos de costumbres, que pensaba publicar en uno de los diarios josefinos.

Poco, duró aquel retorno a los días en que Eugenio, contento al lado de su mujer, no revelaba la existencia de un pensamiento doloroso fijo en su cerebro.

Volvió a encerrarse en su cuarto de estudio y allí, rodeado de libros y de hojas de papel, dejaba trascurrir los días, siempre leyendo o escribiendo. A veces, al meditar sobre el último capítulo leído, sus ojos se humedecían; bajaba las cejas, formándose en su espaciosa frente pliegues verticales que convergían hacia el espacio interciliar; apretaba los labios uno contra otro como si sostuviera un gran esfuerzo y, al fin, lanzaba un fuerte suspiro que venía a purificar la sangre narcotizada por la respiración detenida.

De noche muy pocas veces iba a la sala en donde el piano permanecía mudo, pues Cordelia respetaba con su silencio el dolor moral de Eugenio.

Para que él se sintiese menos solo, ella le acompañaba en su cuarto de estudio y, amorosa y solícita, se ofreció a ayudarle en sus trabajos. Como era una señorita que — al contrario de la mayoría — no había hecho del momento en que salió del Colegio Superior el término de su instrucción y educación, pudo muy bien ser la compañera de su esposo en las tareas de la inteligencia.

Esa compañía inesperada impedía, del todo, a Eugenio el leer y comentar aquellos libros que le obligaban a reflexionar sobre su situación. No queriendo hacer testigo de su sufrimiento moral a Cordelia, a quien evitaba toda emoción dolorosa, dispuso estudiar con ella el período del engrandecimiento intelectual de la Grecia. A Cordelia le encantaba escribir, con tinta roja, en un cuaderno,

aquellos nombres ilustres, casi todos esdrújulos y luego, con tinta negra, las teorías que sustentaba cada uno de ellos con respecto al principio de las cosas y a las relaciones entre el hombre y una esencia superior.

Eugenio no hallaba, en su casa, sitio más tranquilo que su cuarto pequeño con una sola ventana, por la que el sol arrojaba sus gavillas de oro, las cuales iban a quebrarse en los lomos de los libros de la biblioteca.

Cordelia así lo comprendió y adorando a su marido hizo de aquel cuarto pequeño un sitio de dulzuras; la mano cariñosa de la joven señora todas las mañanas colocaba sobre el escritorio, en un artístico florero, rosas, claveles, violetas y pensamientos, que ostentaban con orgullo sus colores y que perfumaban el ambiente dejando escapar sus aromas penetrantes.

Cordelia entraba en aquel cuarto a cada instante; envuelta en una bata de color lila, iba a sentarse con cuidado, en un sofá que había hecho traer allí para ella; y Eugenio, al verla tomar en su asiento posiciones de cansancio, recordaba que la consagración de su enlace ya se estremecía en el vientre de Cordelia; comprendía la inmensa dicha que iba a experimentar cuando estrechara entre sus brazos y besara, loco de orgullo, al ansiado primogénito.

Ese había sido su sueño de amor, y ahora, al verlo realizarse, pensaba que era un crimen lo que

había deseado en sus horas de fiebre amorosa; lloraba de arrepentimiento al pensar en aquel niño que iba a ser la alegría de su hogar y se sentía culpable al ver a Cordelia orgullosa de la felicidad que le esperaba.

Su esposa, no sabiendo explicarse el retraimiento de Eugenio, decidió consultarlo con Susana cuando esta le hiciera una visita.

XIV

Una noche en que Eugenio había salido con deseos de escuchar una conferencia que se iba a dar en una sociedad científica, Susana prometió a su amiga acompañarla mientras aquel permaneciera ausente.

Cordelia, en su deseo de explicarse la conducta de Eugenio, puso a su amiga al corriente de lo que sucedía y terminó preguntándole :

— ¿Que me dices tú de eso?

Susana fingió pensar un momento y luego contestó :

— Lo que yo digo, ya te lo he repetido varias veces antes y después de tu matrimonio..... te acuerdas de aquel domingo en que me confesaste que amabas a Eugenio, que me dijiste que te casabas con él, que.....

— Sí, sí me acuerdo — contestó impaciente Cordelia.

— Ese día te contesté lo que hoy me preguntas — con una sonrisa de triunfo añadió: — bastantes veces te he dicho que Eugenio con esas ideas tan raras, con esa incredulidad tan manifiesta, no te haría feliz. Es que un corazón muerto para el amor a un Dios omnipotente no puede nunca latir con sinceridad por el amor a un ser terrenal. El que no cree en nada, no ama a nadie — afirmó Susana con profunda altanería.

Mientras tanto Cordelia, sin hacer caso a estas últimas observaciones, por la ventana abierta interrogaba con la mirada el cielo oscuro en el que titilaban las estrellas silenciosas.

Susana, aprovechándose de aquella meditación, se acercó a Cordelia, pasó su brazo alrededor de la cintura de su compañera y dándole un beso ardiente en la mejilla le preguntó:

— ¿Te acuerdas de aquel tiempo feliz en que, sin pensar en novios ni matrimonios, vivíamos dichosas en el internado?

Aquel beso quemó la mejilla de la pobre Cordelia, quien, sintiendo una irritación moral contra aquella amiga que le traía a la memoria muchas cosas olvidadas, abandonó el asiento que ocupaba; ante sus ojos se fueron desarrollando, una tras otra, todas las escenas del internado y de aquella época de sufrimiento.

Una de ellas, la que más le molestaba y la que

causó el enrojecimiento súbito de su rostro, fué la que le hizo ponerse de pie al sentir que el brazo de Susana le rodeaba la cintura y que los labios de ella se posaban en sus mejillas.

XV

Hacía de eso cinco años. Entonces ella empezaba a coquetear con Eugenio; su padre que era muy celoso porque la adoraba, no la perdía de vista, impidiéndole en lo posible hablar con aquel joven. A pesar de la estricta vigilancia se hablaban los dos novios; pero como todo se sabe, por las vecinas llegó aquello a oídos del padre, quien para evitarlo decidió encerrarla en el internado de un colegio particular que tenía todo el aspecto de un convento, debido a sus ventanas con barrotes, sus muros muy elevados y a lo retirado que estaba de la población.

En aquel colegio la nueva alumna se vió objeto de grandes manifestaciones de simpatía por parte de sus compañeras, que no tardaron en hablarle confidencialmente de muchos asuntos escabrosos,

disimulados por todas ellas y que causaban extrañeza en la joven Cordelia, quien había sido educada aparte de la sociedad y de las amistades peligrosas para la inocencia.

Todas las alumnas cambiaban sus nombres por otros familiares de acuerdo con un rasgo característico de la estudiante. Así se llamaban : *Rubia mía*, *Ojos negros*, *Botón de oro*, *Bella durmiente*, *Mi morena*, *Trigueñita;* a Cordelia la llamaron *Linda huraña*, nombre que le caía muy bien, dados su carácter y su deseo de estar sola siempre.

Una alumna, Susana, llamada por todas *Angel mío*, se hizo íntima de Cordelia. Esta había notado ya que todas las colegiales podían dividirse en parejas íntimas.

Angel mío, elogiaba en Cordelia la blancura de su carne mórbida, la curva inimitable de sus caderas y la pureza y corrección de todas las líneas de su cuerpo.

Cierta vez que fué preciso hacer algunas reparaciones en uno de los dormitorios, hubo necesidad de acumular en el otro, que era muy largo y muy angosto, todas las internas. Cordelia pudo observar que *Angel mío* disputaba con sus compañeras el lecho vecino al suyo.

Aquella noche *Angel mío* empezó a quejarse de la temperatura que era muy baja. Debido a esto paso al lecho de la *Linda huraña;* se estrechó a su cuerpo para aprovechar el calorcito — como decía ; — suspiraba profundamente y a cada

instante besaba con ardor a su compañera.....

Cordelia, al día siguiente, pidió a su padre que la sacara de aquel encierro en donde tenía un templo la diosa de Lesbos.

El padre accedió a los deseos de su hija, comprendiendo que donde más se desarrollan los vicios secretos es en los internados, en donde todo se oculta a la sociedad, como esta oculta sus faltas tras el prestigio de sus nombres distinguidos.

XVI

Cordelia recordó toda esa historia, y con el brazo tendido hacia la puerta dijo a su amiga:

— ¿Susana, cuando más pruebas te doy de mi confianza, vienes a insultarme en mi sufrimiento? ¿Dices que Eugenio es un malvado, un ser digno de lástima porque no cree en una deidad que — si existe — es generosa al repartir sus miserias y es avara al conceder sus favores? ¿Insultas a Eugenio porque tiene la discreción de no ir — como vosotros — al templo a burlarse de lo mismo que estáis ejecutando? Invocas la religión al hablar de mi esposo; permíteme que llame a tu corazón devoto, en este momento. ¿Dime es digno de un alma caritativa el burlarse de un infeliz en su desgracia? No sabes que obras mal al desear hacerme caer contigo de rodillas ante el altar de

Lesbia como acabas de pretenderlo?... Bien se conoce que aun no has olvidado el nombre que te pusieron en el internado : *Angel mío...*

Su respiración se había hecho irregular, acelerada, angustiosa; hablaba como entre sollozos y repetía automáticamente la misma palabra : « ¡Lesbia! ¡Lesbia! » y, por último terminó diciendo: — Oye, Susana, si has de aprovechar las confesiones que te hago para lanzar frases que hieran a mi marido, sería preferible que permanecieran como cerradas para ti las puertas de esta casa. Así evitaríamos muchos digustos cuyas consecuencias serían deplorables.

Estas últimas palabras resintieron a Susana, quien con el rostro encarnado, la mirada fija en el suelo y sin atreverse a decir algo en su defensa, salió de aquella casa a la cual no pensaba volver.

XVII

Cordelia, al verse sola, volvió a sentarse, sintió un debilitamiento súbito y luego rompió a llorar. Cuando oyó a Eugenio que volvía de la conferencia se puso en pie, pasó sus manos por la cara para refrescarla, secó las lágrimas que velaban aun sus ojos, hizo un esfuerzo por sonreir y salió al encuentro de su marido quien la besó con cariño en la frente y luego le dijo :

— Cordelia, me siento muy bien esta noche ; la conferencia fué muy interesante y ha venido a ayudarme en mis estudios acerca de la educación y la herencia y a hacer que me fijara en un detalle que había olvidado por completo... ahora que recuerdo — continuó el joven sentándose en el mismo sillón que había ocupado Susana — ¿por que no has vuelto a tocar tu romanza favorita,

aquella que nos produce al oirla tan dulces emociones? ¿Quieres satisfacer mis deseos tocándola esta noche?

La joven señora iba a aprovecharse de esta circunstancia para exponer sus quejas; pero una mirada de Eugenio toda llena de cariño, la hizo dirigirse al piano y evocar en él las dulces armonías de la romanza de Mignon. Mientras ejecutaba, se puso a pensar cuál podía ser el motivo de aquel cambio en el ánimo de Eugenio; por más que recordara las diversas escenas del día trascurrido, ninguna de ellas pudo explicarle aquella alegría inesperada.

Los sonidos que el piano producía, desenvolviéndose y sucediéndose, cambiando de tono y de duración despertaron en Eugenio sentimientos vagos de un encanto inexpresable.

En seguida Cordelia, animándose, volvió a preludiar la romanza y con una voz suave lanzó las primeras notas del canto:

¿Conoces tú el hermoso país donde florecen
naranjos siempre bellos, país donde parecen
las aves más ligeras, más placida la brisa,
y donde irradia espléndida, cual celestial sonrisa,
eterna primavera, bajo un azul sereno,
bajo un azul sin nubes, de encanto siempre lleno?...

que provocaron en Eugenio el recuerdo de sus relaciones amorosas con su *bella Mignon*, como había dado en llamar a su prometida.

Su rostro se veía iluminado por los pensamientos elevados y los nobles sentimientos que aquella encantadora melodía despertaba en su cerebro de una elevación intelectual nada común.

Fijó sus miradas en uno de los adornos de la sala colocado cerca del piano: era un regalo de boda, la expresión, por medio de la escultura, del sentimiento delicado del amor paternal.

Un joven amoroso sostiene en los brazos levantados el tesoro de su hogar, su hijo primogénito. Detrás de él, apoyándose en el hombro de su marido, está una bella mujer. Ambos sonríen orgullosos de su felicidad y el niñito, extendiendo los brazos delicados, sonríe también graciosamente a sus padres que lo adoran.

Eugenio, por simpatía, al contemplar aquellos tres seres dichosos, dejó dibujarse en sus labios una sonrisa que fué sorprendida por Cordelia en el momento en que lo acariciaba con una de sus miradas penetrantes.

Desprendiéndose del piano y acercándose a su esposo le preguntó:

— ¿Por que no estás siempre así, Eugenio... así, sonriendo?

— ¿Te extraña el que yo sonría? — preguntó riéndose Eugenio.

— ¡Hace tanto tiempo te veo triste, pensando siempre!... — después de un silencio continuó: — No te había preguntado la causa, porque respetaba tu sufrimiento; pero... verdad que ahora me

dirás por qué muchas veces te encontraba temblando bajo el influjo de una emoción extraña? — Con los ojos fijos en el joven se acercó más y acariciando con su mano las crenchas rizadas de Eugenio, prosiguió: — ¿Eugenio, qué te hecho para que te apartes de mí? — y al decir esto con toda la suavidad de que su voz era capaz, bajó los párpados y en sus ojos se condensaron dos lágrimas que rodaron por las mejillas.

Eugenio sugestionado por aquella voz tan dulce contestó:

— ¿Cordelia recuerdas el comienzo de nuestras relaciones? ¡Tan desgraciadas que han sido! Primero tu padre para obligarte a olvidar el afecto que por mí sentías te encerró en un internado: luego mi adorado padre viendo ya cercana la hora de su muerte se aisló en una de nuestras fincas y yo tuve que acompañarlo haciendo con mis cuidados menos crueles sus padecimientos... ¡otra separación dolorosa!... ahora me toca llorar por nuestro hijo, por ese inocente que ha de venir al mundo dentro de muy poco tiempo y que será tan infeliz por mi culpa, por mi egoismo!...

— ¿Y por qué ha de ser infeliz? — preguntó Cordelia, quien sin esperar contestación añadió: — Oye, Eugenio, desde que noté tu retraimiento, sabes a que lo atribuí?... pero has sido muy ingrato al no decirme lo que te pasaba. Creí que habías dado un mal paso en tus negocios, esperé que me lo dijeras y, aun hoy, lo ignoro... ¡me

consideras tan inútil cuando se trata de cuestiones serias!...

Como Eugenio callara pensó Cordelia que era cierto lo que había supuesto y para tranquilizar a su marido dijo:

— Si te ha ido mal en tus negocios no temas nada por nuestro hijo; ya le enseñaremos a trabajar: la más noble de las herencias que pudiera recibir. Además, tenemos al frente muchos años para reponernos de la pérdida que has sufrido en estos días, así el porvenir será nuestro, enteramente nuestro, sin que para nada lo perturben las tristezas del pasado.

Eugenio levantó la cabeza y mirando fijamente a su esposa, le contestó con timidez:

— Todo lo que dices es muy bello; pero, por desgracia, no he tenido ningún contratiempo en mi comercio... ¡lo hubiera preferido!

Cordelia haciendo un gran esfuerzo preguntó:

— ¿Tienes envidia, tienes celos?... — y ruborizándose, cayendo de rodillas ante su esposo que permanecía sentado prosiguió — ¡Celos! ¿verdad, Eugenio, que no tienes celos de mí?... ¡Dime que nunca has hallado en mis acciones alguna que despertara en tu cerebro la pasión terrible de los celos!

Levantándola cariñoso el joven le contestó:

— Te amo demasiado para ofenderte de esa manera. Has sido siempre buena conmigo, me has hecho el más feliz de los hombres al elegirme

como compañero de tu vida, y siempre he visto en la pureza de tus miradas y en la gracia de tus sonrisas que eres mía, sólo mía como yo soy tuyo, sólo tuyo. No, Cordelia, escucha: nuestro hijo ha de ser muy bello, se reflejarán en él todos tus encantos, tendrá tus ojos oscuros, tu nariz pequeña y perfilada, tus labios delgados y rojos, tu sonrisa...

— Y de ti tendrá ese corazón noble, esa belleza moral que tanto he alabado.

Sin hacer caso a esta interrupción de su esposa, Eugenio continuó:

— Será encantador. ¡Qué hermosa herencia recibe de su madre! Y de su padre el desgraciado tendrá un triste recuerdo,... acércate — dijo bajando la voz — ¿sabes que varias familias llevan en su frente, en su nombre el estigma de un asesinato, grabado por la sociedad ignorante? Pues bien, ese no es tan terrible como la maldición que pesa sobre tu esposo. El remordimiento de un criminal no es comparable a los martirios de mi espíritu. En mi familia existe la predisposición a una enfermedad que es, según dicen, la penitencia impuesta por un Dios a toda una raza. ¡Mi familia lleva desde hace varios años el cilicio de la lepra! ¿Ves, Cordelia mía, que tengo razón al llorar por nuestro niño, que será muy bello; pero cuya belleza desaparecerá, más tarde, bajo la herencia de su padre? Lo que yo había soñado en mis horas de ilusiones, me hace sentir hoy las angustias del

arrepentimiento. Cordelia, perdóname — agregó ocultando el rostro entre sus manos.

— ¿De qué quieres que te perdone? ¿Acaso tienes tú la culpa?

— ¿Sí, tengo mucha culpa por que, sabiéndolo todo, te he asociado a mi sufrimiento!...

Por única respuesta la joven se acercó más, sostuvo con sus brazos delicados la cabeza de su esposo, lo atrajo hacia sí con suavidad, se inclinó y depositó, con ternura, un beso en aquella frente que ardía: fué un beso encantador que indicaba todo el aprecio que ella sentía por aquel noble carácter.

En ambos, los labios temblaban indicando así el notable esfuerzo de voluntad que hacían para no llorar; en seguida, cayendo uno en brazos del otro, prorrumpieron en sollozos.

XVIII

Al través de la neblina que arrastraba su ropaje ligero por entre las callejuelas del Cementerio, el verde de los cipreses aparecía como un azul oscuro y los tumbas alineadas semejaban manchas de color blanco en un fondo trasparente alterado por la niebla.

A pesar del tiempo desagradable que hacía, numerosas eran las personas que en aquella mañana, terminaban el adorno de las sepulturas que guardaban los restos de muchos seres queridos.

De cuando en cuando se escuchaba el lúgubre tañido con que las campanas de las iglesias lejanas hacían presente a los hombres que las aspiraciones de la vida terminan en la ciudad de los muertos, a quienes aquel día estaba consagrado.

Por entre las callejuelas circulaban los visi-

tantes admirando aquí y allá las coronas artísticas depositadas sobre las tumbas, sin pensar en los que bajo ellas reposaban; algunas parejas de enamorados se decían ternezas mientras recorrían los epitafios con sus miradas indiferentes.

Después de colocar dos anclas primorosas sembradas de camelias y jazmines sobre los sepulcros de Don Fernando y de la madre de Cordelia, Eugenio, acompañado por su esposa, hizo un corto paseo por entre las sepulturas, deteniéndose a la sombra de un ciprés en donde una preciosa cruz de mármol abría sus brazos sosteniendo una guirnalda muy bien tejida.

Eugenio, después de meditar un momento sintió que en sus ojos se condensaban dos lágrimas que brillaron al deslizarse por sus mejillas.

Al pie de la cruz con letras negras estaba escrito el nombre del que allí descansaba : Mario, uno de los mejores compañeros de Eugenio. Fueron alumnos de un mismo curso y se estimaban recíprocamente desde el día en que un suceso en el colegio hizo vibrar al unísono sus almas hermanas.

XIX

Había entre los compañeros de Mario y Eugenio, un joven que figuraba en los primeros puestos debido a la posición social que sus padres ocupaban : era un vanidoso que se distinguía, desde lejos, por lo erguido de su cuerpo; por la posición de los codos un poco separados del tronco; por la mirada siempre desdeñosa y por la manera de saludar mascullando el adiós! En la calle quería ocupar él solo la acera; en la clase hablaba siempre en voz muy alta y procuraba subyugar la atención de todos para que reconocieran su pretendido valor por sobre el de los demás y para que se fijasen en su vestido a la última moda, en su cuello tan alto como un puño y en su corbata diminuta.

Con motivo de un artículo recién publicado

por Eugenio, todos los alumnos felicitaban a su autor; aquel vanidoso, sintiendo que se le humillaba con los elogios prodigados a su compañero, aprovechó, desde ese momento, las ocasiones que se le presentaban para hacer alarde de las bajezas que implica la vanidad de los que se tienen por hombres de talento. Todos los informes desfavorables sobre la conducta de Eugenio que aquel compañero daba, eran refutados inmediatamente por Mario, quien, con la energía de los que no saben retroceder ante un obstáculo, nunca llegó a permitir que se encubriera la verdad con el objeto de rebajar a uno de sus amigos.

Desde que Eugenio tuvo conocimiento de las defensas que Mario hacía de su conducta, ambos fueron compañeros inseparables; juntos estudiaban y el mismo día, con pocas horas de diferencia, coronaron sus tareas intelectuales recibiendo el título de bachilleres del Liceo de Costa Rica.

Estaban en la época de la vida en que la amistad no conoce reservas; juntos soñaban, hacían proyectos para el porvenir que parecía sonreirles; vislumbraban una larga existencia que se prometían dedicar al trabajo, a la verdad y a la belleza, porque los dos escribían; en sus artículos Mario ponía la sensación y Eugenio el pensamiento.

Era una amistad sincera la que los unía; la comunión de ideas; el compañerismo en las tareas literarias; su igual disposición para las

luchas por las buenas causas; su edad — veinte años; — todo hacía ver que el afecto que se profesaban era extraordinario.

Cuando empezaba a ver con claridad las hermosas lejanías en que su porvenir despertaba, Mario sucumbió; recostó muy temprano su frente pensativa en el regazo frío de la misteriosa enterradora.

Reposaba al pie de aquella cruz de mármol ante la cual se había detenido Eugenio, quien dedicó, en aquel momento, un triste recuerdo al amigo que, en hora tan temprana, había sido arrebatado al cariño de su familia y al afecto de sus compañeros.

XX

Después de evocar muchos recuerdos de colegio ante la tumba de Mario, terminó diciendo Eugenio :

— ¡ Qué feliz eres, Mario, cuánto te envidio !

Cordelia palideció al escuchar esta frase, arrancó a su marido de aquel sitio, lo llevó hacia un rincón del cementerio adonde no llegaban los paseantes del día de difuntos : caminaron entre cruces de madera clavadas en la tierra, colocadas sin simetría como indicando la pobreza de los que bajo ellas dormían el sueño eterno.

Les pareció más triste aquel pedazo de cementerio en donde las apariencias no arrojaban sus lápidas valiosas, sus ángeles de mármol y sus coronas artificiales. Allí se desahogaron en silencio y poco después tomaron el camino de su casa, pasando indiferentes por entre la procesión de curiosos que, en días como ese, profana el campo santo dedicado a los recuerdos y las lágrimas que origina el verdadero sentimiento.

XXI

Cuando llegaron a su casa, Cordelia se dirigió al gabinete de estudio de Eugenio y de una de las gavetas del escritorio tomó un cuaderno de aquellos en que ella misma había escrito los nombres célebres que figuraron en la época del engrandecimiento intelectual de la Grecia; señaló una página y lo llevó consigo hacia la sala en donde Eugenio descansaba.

— Escucha — le dijo al llegar a su lado — ¿sabes que me tienes muy resentida?

— ¿Por qué? — interrumpió Eugenio.

— Aquella frase que pronunciaste frente a la cruz bajo la cual duerme Mario, me ha hecho mucho daño. Anhelas la felicidad del no ser, lo cual quiere decir que no te agrada la compañía de tu esposa que te idolatra.

— Cordelia mía, — respondió amoroso el joven, — no pensé resentirte con esa frase pronunciada en medio de recuerdos del colegio, frente al sepulcro de un compañero a quien quise como un

hermano. No anhelo la felicidad de la muerte; contigo soy muy dichoso; eres el único ser a quien puedo acercarme, la sola persona para quien no soy indiferente; por lo tanto, cree que mi único anhelo es que nuestro porvenir sea la proyección exacta de nuestro presente.

— Así lo suponía. Sin embargo, al oirte exclamar allá en el cementerio aquella frase, me sorprendí mucho porque — continuó al mismo tiempo que presentaba a su esposo el cuaderno abierto — ¿te acuerdas cuando escribí con tinta roja este nombre : Diógenes de Sinope y en seguida el pensamiento que, sobre el suicidio, escribió ese filósofo?

— Sí, recuerdo — contestó Eugenio — también recuerdo que hice bastantes consideraciones en contra de ese pensamiento. Por cierto que nunca he podido creer que « el hombre más se acerca a la virtud cuanto más intime con la idea del suicidio. »

— Gracias, Eugenio, — terminó Cordelia enlazando con sus brazos el cuello de su esposo y besándolo en la frente — gracias porque me has quitado con esas palabras un gran peso que me fatigaba. Seremos felices : a pesar de la creencia del *estaba escrito*, seremos felices en unión de nuestro hijo que ha de endulzar nuestra existencia.

Eugenio le contestó con dulzura :

— ¡Quién pudiera, como tú, soñar con la dicha del mañana!

XXII

El tiempo avanzaba, los días se sucedían unos a otros con una rapidez extraordinaria.

Como era de suponerse, el relato en que Eugenio puso en conocimiento de Cordelia el temor de que su hijo heredara la enfermedad repugnante de su padre, impresionó mucho a la señora. Ella, conforme se acercaba el día del alumbramiento, se sentía arrastrada por una fuerza irresistible hacia la representación de imágenes dolorosas, principalmente la de su tierno primogénito cubierto de úlceras.

Esas imágenes adquirían el predominio en su conciencia; ella trataba de distraerse dibujando; pero su mano diestra para los paisajes delineaba ahora estudios de rostros enfermos y desfigurados. Terminó por aborrecer la pintura y buscar en otras ocupaciones el medio de perder aquella idea fija. A pesar de los esfuerzos más enérgicos

de su voluntad, el dominio que alcanzaba sobre sus pensamientos duraba muy poco, lo que constituía un martirio terrible para aquella inteligencia cultivada.

Cuando Eugenio llegaba a hablarle lo atendía, al principio, cariñosamente, contestando a todas sus preguntas y aun haciéndole observaciones acerca de la llegada del primogénito que coronaría su dicha; muy pronto se fastidiaba, le respondía con monosílabos y, al fin, se dejaba arrastrar por aquella tendencia a la reflexión que no le permitía un momento de tranquilidad.

De noche le costaba mucho conciliar el sueño, el cual era interrumpido por pesadillas en las que siempre se le aparecía la figura repugnante de un leproso que acariciaba con sus manos purulentas la dorada cabellera de un niñito cuyor ostro, poco a poco, se iba trasformando, cubriéndose de tubérculos que se abrían dejando salir un líquido amarillento de olor desagradable. La pobre Cordelia despertaba sudorosa; encendía la luz, a veces tal era la fuerza de proyección de aquella idea fija, que en la penumbra de los rincones del cuarto veía siempre esa imagen con toda claridad.

Como consecuencia de esa mortificación continua, sentía frecuentes dolores de cabeza y opresiones en el pecho que le impedían respirar con facilidad.

Todo estaba preparado para recibir debidamente a aquel inocente que iba a ser el rey del hogar.

Al lado del lecho conyugal habían colocado una cuna pequeña, semejante a un nido en suspensión sobre el cual dejaba caer discretamente sus extremos una cortina de tul celeste.

Para el padre y los hermanos de Cordelia y hasta para Eugenio aquella cuna que esperaba ya a su precioso dueño, era un buen augurio; a su alrededor les parecía ver los angelillos de la felicidad, jugueteando con el cortinaje y sonriendo al niño que en sueños también sonreía.

Para Cordelia que siempre estaba triste, aquella cuna era una barca sombría en la que bogarían sus tristezas y sus perdidas ilusiones.

Eugenio se acusaba de imprudencia por haber explicado a Cordelia el motivo de su retraimiento en los primeros meses después del enlace. Aquella confidencia despertó en ella la atención que se había ido reforzando transformándose, al fin, en una idea fija. Hablaba muy poco y respiraba con lentitud; cuando quería moverse necesitaba, para ejecutarlo, de un gran esfuerzo.

Aquel estado de postración llenó de inquietud a Eugenio que trataba de reanimarla, besándola repetidas veces, refiriéndole sus proyectos para el porvenir y ella, a todos sus relatos y preguntas al respecto, contestaba con una voz triste y cadenciosa:

— Sí, Eugenio, vamos a ser muy felices; — mientras repetía en su interior: — ¡cuánto nos estamos engañando!

XXIII

En esa epoca de espera indefinida, llena de cuidados, salpicada de vez en cuando por el llanto que producen los tormentos a que la mujer está expuesta en los meses que la preparan para la maternidad. Cordelia evocaba con insistencia grupos de ideas y de recuerdos desagradables.

La atención exagerada hacia las posibilidades que tenía su hijo de heredar la terrible enfermedad del padre de Eugenio, fué acentuándose a medida que se acercaba el día del alumbramiento.

Las representaciones mentales de la madre provocaban movimientos en el feto que le producían dolores vivísimos y trastornos orgánicos de consideración.

Poco después la pobre señora dió a luz una chiquitina que, bajo el influjo de aquella excitación

viva y permanente, traía los estigmas con que la imaginación de la madre había caracterizado a los leprosos : la niñita presentaba en todo su cuerpo manchas rojas muy bien definidas y semejantes a quemaduras.

Cordelia, al dar a luz y como consecuencia de los dolores que había experimentado durante su embarazo, sufrió un largo síncope después del cual perdió enteramente la memoria de todos los hechos efectuados desde la fecha de su matrimonio.

Debido a esto, rechazaba con insistencia la idea de que ya era casada, y al presentarse Eugenio para darle un beso en señal de regocijo por el éxito del alumbramiento, Cordelia lo apartó con un pudor instintivo mientras se preguntaba cómo podía aquel joven atreverse a llegar hasta su dormitorio y tratar de besarla en su propio lecho.

La mujer que había sido llamada para que asistiera a la parturienta, se acercó a ella después de haber cumplido con los deberes que le imponía la limpieza, y con una solicitud extraordinaria quiso colocar en los brazos de la enferma a la recién nacida para que « la conociera. » Cordelia la hizo a un lado, enojada, sin poderse imaginar por qué razón una mujer desconocida trataba de deshonrarla diciéndole que aquella niñita que llevaba en sus brazos había nacido de su vientre virginal.

Por más esfuerzos que hacía para evocar sus recuerdos y dar con la verdad, no acertaba a

explicarse el misterio en que trataban de envolverla todas las personas que la visitaban.

Ella sabía muy bien que la mujer posee una excelente memoria que le permite evocar con facilidad recuerdos de épocas lejanas y, en consecuencia, le parecía muy extraordinario el no poder darse cuenta de los meses recién trascurridos en los cuales según decían los miembros de su familia, se habían efectuado los hechos más importantes de su existencia.

Eugenio fué sorprendido por aquel trastorno en la memoria de su esposa a pesar de todos los medios de que se valió para que Cordelia lo aceptara como marido y a la inocente criatura como hija suya, no obtuvo resultado satisfactorio.

Desalentado, sin esperanzas de recuperar la felicidad de su hogar sobre la que tantas ilusiones se había forjado, llamó al anciano padre de su esposa que tenía una casa de comercio en la vieja metrópoli.

El anciano dejó su establecimiento al cuidado de uno de sus hijos mayores y vino a instalarse al lado del joven matrimonio.

Al ver de nuevo a su padre, Cordelia se incorporó en el lecho y abrazóndolo con fuerza le dijo :

— Ese hombre insiste en su creencia..... pero, ¿no es cierto papá que yo he vivido siempre contigo?.... ¡Y decir que te abandone por seguirlo!.... piensa que en esa cuna duerme una hija mía.....

¡Tanta malignidad en este mundo!..... ¡yo que no soy casada siquiera!.....

Sorprendido por aquellas frases incoherentes y desconociendo por completo la enfermedad que se había apoderado de su hija, el cariñoso padre se quedó mirando con extrañeza a Cordelia que también lo miraba distraída. Bajó los ojos, y después de meditar un momento, le contestó:

— Cordelia mía, ¿qué es lo qué dices? Te quieres burlar de tu padre anciano diciéndole tantas cosas que no comprende? ¿Tan pronto te has aburrido de la vida de matrimonio y tratas de negar de ese modo a tu marido y a esa chiquitina que es hija tuya como tú eres hija mía?.....

Aquella contestación inesperada hirió tanto a Cordelia que rompió a llorar. El anciano se acercó para consolarla y después de un largo rato que permanecieron abrazados, la señora le dijo con frases entrecortadas por los sollozos:

— ¿Padre mío, tú también..... tú también te burlas de mí?..... Permites, indiferente, que yo sea una víctima de la malevolencia y.....

Comprendiendo el anciano que aquella actitud era debida a un trastorno en la memoria de su hija trató por cuantos medios estaban a su alcance de convencerla de que era esposa de Eugenio y de que aquella niña que dormía tranquila en su cuna era hija de ambos.

Le hizo referencia de su boda, de su paseo por Puntarenas en compañía de su esposo y le pre-

sentó el cuadro que ella misma había copiado del natural en la desembocadura del río de la Barranca.

Ella escuchaba con atención todas las relaciones que se le hacían, y por más que pensaba no podía dar con el interés que movía a aquellos dos hombres, Eugenio y su padre, para hacerla creer en cosas que juzgaba sobrenaturales.

Al fin, fastidiada de oir siempre una misma cosa, resolvió no hacer en adelante más resistencia a los suyos.

XXIV

En las altas horas de la noche, cuando Cordelia y la niñita dormían, Eugenio, que velaba haciendo sus estudios científicos y literarios, acostumbraba visitar el dormitorio de aquellos dos seres queridos vigilando su sueño tranquilo y reparador.

Levantaba con cuidado los extremos de la cortina de tul celeste que cubría la cuna de su hija. Llevaba en la derecha una vela cuya luz, al caer sobre los ojos de la chiquita dormida, provocaba ligeros movimientos de los párpados que Eugenio no veía, abstraído como estaba en la observación de las manchas del rostro de la inocente criatura.

Después de contemplar con tristeza a su primogénita, se apartaba de la cuna y, sentándose en el borde del lecho en que Cordelia descansaba, hacía reflexiones sobre el porvenir de aquella niñita desgraciada.

Conocía mucho la sociedad en que había de vivir; recordaba que, entre nosotros, el único destino honroso en el que sueña la mujer desde sus primeros años es un matrimonio más o menos ventajoso, un contrato en cuya primera cláusula figuran la belleza física y la posición social. Comprendía que su hija no iba a ser bella porque tenía el rostro manchado y que no sería poseedora de un capital suficiente para casarse con un joven de posición.

Después de hacer muchas observaciones al respecto se prometía formar de aquel capullo que reposaba en su cuna, una mujer de verdadero valor moral e intelectual; acostumbrarla a vencer las exigencias que imponen las conveniencias sociales y educarla en ideales de bien y de verdad humanos.

Y luego, volviendo sus miradas hacia Cordelia que dormía cerca de él, escuchando la respiración pausada de aquella mujer querida, otro problema se presentaba a su mente : el de la memoria debilitada de su esposa.

Como habían pasado varias semanas sin que los diferentes medios adoptados obtuvieran la mejoría de Cordelia, Eugenio empezaba a perder la esperanza de que su compañera alcanzara otra vez el dominio sobre la memoria perdida.

Y haciéndose distintas suposiciones, el joven escritor fatigado por tanto trabajo intelectual a que se veía obligado por su triste situación, recos-

tándose en una almohada colocada a los pies de la cama de Cordelia, llegaba a dormirse.

En sus sueños se veía acompañado por una esposa inteligente y trabajadora y por una hija llena de virtudes y de talento que, con sus cuidados y ternezas, cumplían el ideal que acariciaba desde sus primeros años.

XXV

Una tarde, en que la niñita acababa de humedecer su boca tierna con el licor azucarado que le ofrecía una campesina hermosa, alta y vigorosa, de colores encendidos y de formas opulentas, Cordelia fijó su vista en la inocente criatura : le dedicó todo su pensamiento en aquella mirada llena de cariño, tan dulce y tan tierna, que la nodriza, espontáneamente, colocó el tesoro de aquella infancia en los brazos de la señora.

La niñita agitaba con energía sus brazos y sus piernas con movimientos vivos y espontáneos de su actividad nerviosa.

Como la nodriza la había colocado en el regazo de Cordelia en la misma posición en que acostumbraba tomar su alimento, la criatura volvió su cabecita hacia el pecho de la madre quien pudo

observar un levantamiento ligero de los angulos de los labios que se habían separado dando a la chiquitina una fisonomía sonriente.

Aquella primera sonrisa de su hija, la conmovió, meditó un momento, desabrochó su chaquetilla y uno de sus pechos, de una blancura deslumbradora, apareció por entre lo desceñido del traje. La niñita se apresuró a acercar sus labios a aquella fuente de vida y de fuerzas.

La impresión, al principio dolorosa, que experimentó cuando su hija empezó a mamar, produjo en ella una reacción favorable : miraba con atención a la inocente, reconoció en ella a un pedazo de su existencia y recobró la memoria perdida.

Parecía que despertara de un sueño del cual había olvidado hasta los menores detalles.

Apoyó sus labios en la boca de la chiquitina y la besó con frenesí llamándola con los nombres más tiernos y acariciando con amor su cuerpecito delicado.

Cuando terminó aquel arranque de ternura, Cordelia preguntó por su esposo a la nodriza a quien había sorprendido el despertar repentino del amor materno en aquella señora.

Se llamó a Eugenio cuyo asombro fué grandísimo al encontrar a su esposa dando el pecho a aquella niñita que tantos días había estado sin sentir las dulces caricias que solo una madre sabe prodigar.

Cordelia sonrió al ver al joven que llegaba

acompañado por su padre. Les llamó la atención hacia el juguete encantador que tenía y cuando dejó de mamar la niñita, la levantó con sus dos brazos colocándola a la altura del rostro de Eugenio.

Volviéndose a la chiquita le decía sonriendo graciosamente : — « Mira a tu papacito. » — y después mirando con cariño a su marido le preguntaba : — « ¿Conoces a esta chiquitilla?... »

Luego, cayendo en brazos de Eugenio, Cordelia lo besó con ternura, le habló de la inmensa dicha que experimentaba en aquel instante, le hizo mil reproches por lo alejado que estaba de ella al encerrarse en su cuarto de estudio y, por último, después de depositar en los labios del joven la ofrenda de sus besos llenos de fuego y de amor, ambos esposos guardaron silencio : el silencio de que se rodean los seres que son felices.

FIN

ÍNDICE

Dedicatoria v
Inicial 1
Una visión del Dante 5
La llorona 11
Hijas Nuevas 15
Del quijotismo religioso 19
El italianito 43
Caían las hojas 47
Mujeres de Ibsen 61
Svanhilda 61
Thea 65
Alina 69
Hilda 73
Gina 77
Nora 81
Ellida 87
La primera sonrisa 89

TYP. H. GARNIER, PARIS (GRE. LAGNY).